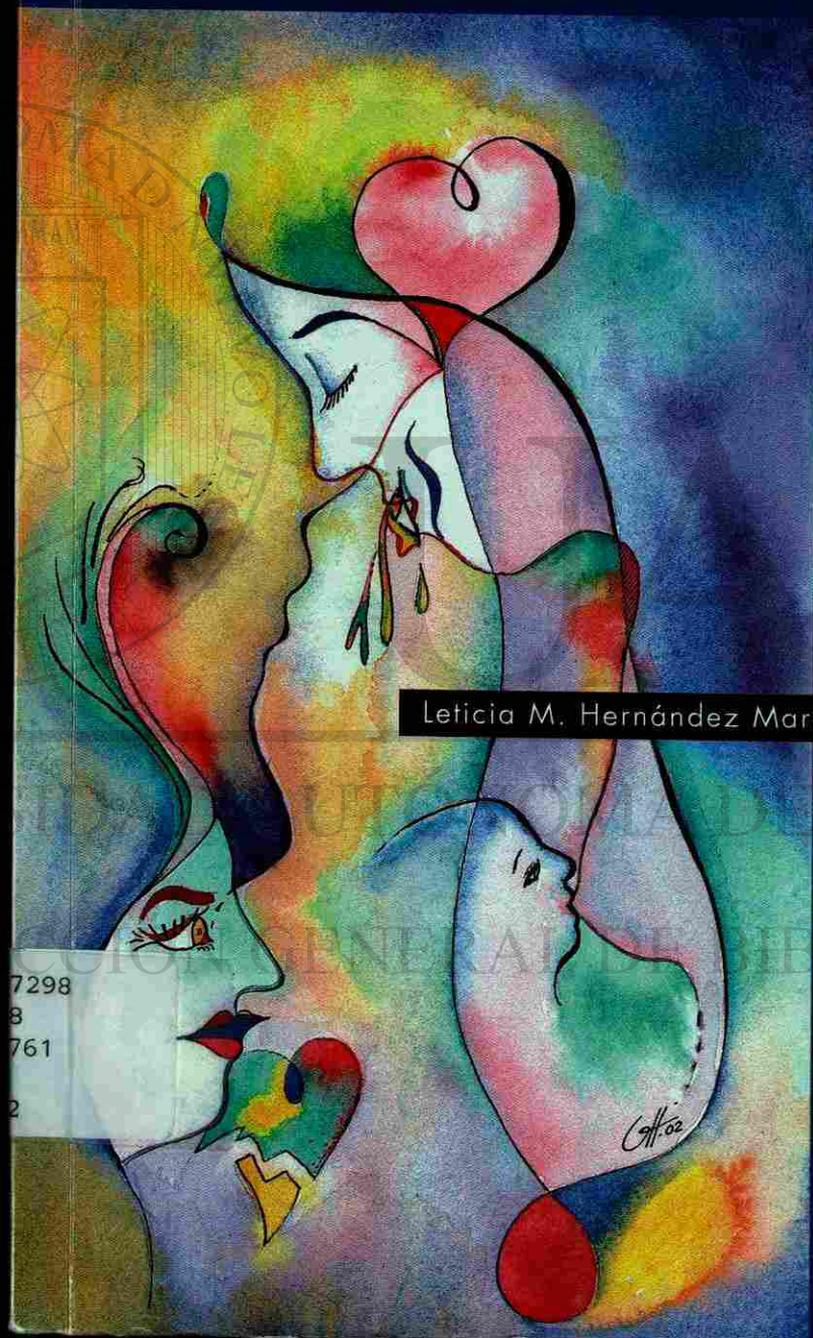


# Seis cuentos indecorosos y dos historias verdaderas

Leticia M. Hernández Martín del Campo

7298  
8  
761  
2

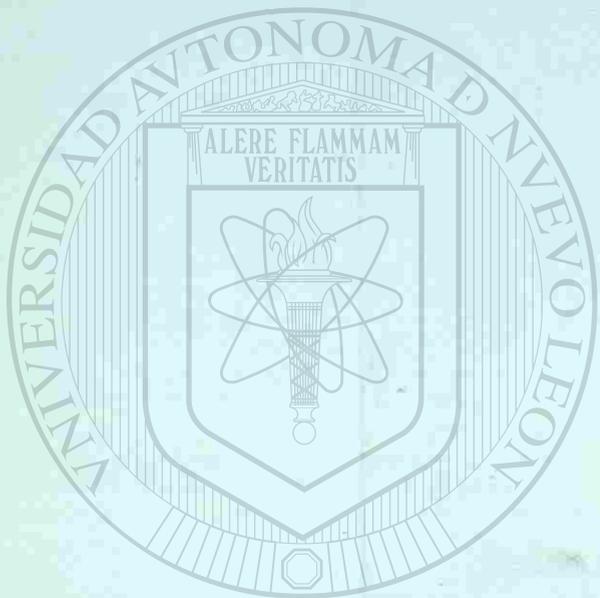
*Leticia M. Hernández Martín del Campo*



PO  
.1  
E  
S  
C



1020148139



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

10/III/02

Para la Capilla Alfonsina

Biblioteca Universitaria  
en honor para mí.

*Leticia dos Fdz*

Seis cuentos y recorros  
dos historias verdaderas

Antonio Hernández Martín del Campo



Nació en Monterrey, N.L. en 1955, estudió la Licenciatura en Letras Españolas en la Universidad Autónoma de Nuevo León. Realizó estudios de Maestría en Letras en la Escuela de Posgrado de Filosofía y Letras de la misma Universidad. Maestra de tiempo completo de la Preparatoria núm. 16. Ha publicado cuentos, artículos periodísticos y ensayos en diferentes revistas y periódicos de la localidad.



48139



UANL

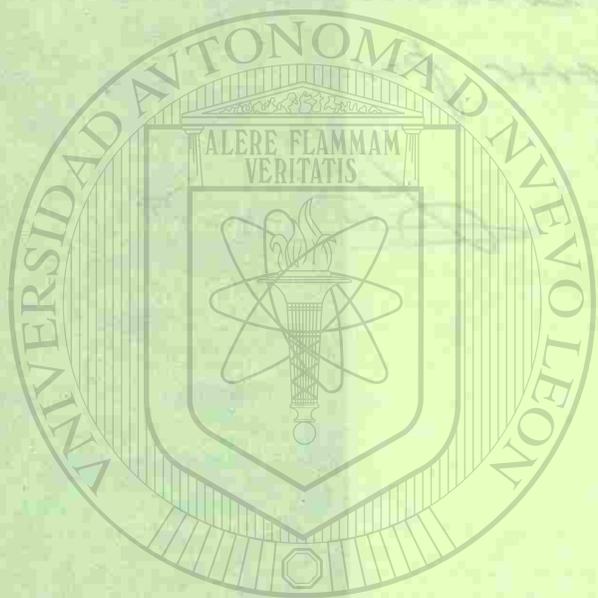
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

~~10~~

10/III/02

Para la Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria  
un honor para mí.

Seis cuentos verdaderos  
dos historias verdaderas  
*Leticia dos Fdz*



**Seis cuentos indecorosos y  
dos historias verdaderas**

Leticia M. Hernández Martín del Campo

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PQ7298

.18

.E761

S4

C.2

309450



Universidad Autónoma  
de Nuevo León

Dr. Luis J. Galán Wong  
RECTOR

Ing. José Antonio González Treviño  
SECRETARIO GENERAL

Dra. María Elizabeth Cárdenas Cerda  
SECRETARIA ACADÉMICA

M.C. José Hernández Cervantes  
DIRECTOR DE LA PREPARATORIA NÚM. 16

Lic. Ernesto Castillo Ramírez  
DIFUSIÓN CULTURAL

M.A. Ricardo Martínez Cantú  
Lic. Celia Nora Salazar Garza  
CORRECCIÓN DE ESTILO

IDEA Comunicación & Diseño  
DISEÑO

Gilberto Hernández Martín del Campo  
ILUSTRACIONES

Raúl Chávez  
FOTOGRAFÍAS DE ILUSTRACIONES

Ing. Arturo Esparza  
IMPRENTA UNIVERSITARIA



FONDO  
UNIVERSITARIO

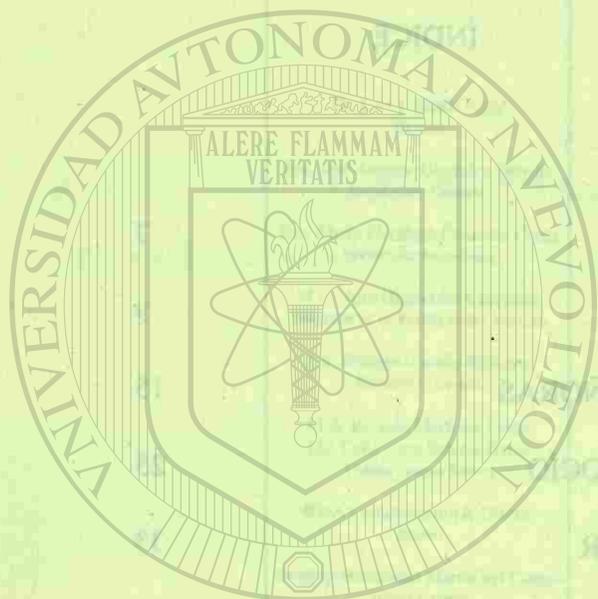
preparatoria



PRESENTACION

## ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
LA RECETA	9
LOTERÍA DE SEÑORAS	15
LA SEÑORITA ROCÍO	25
JUNTA FAMILIAR	33
NÉSTOR PAREDES	39
EN LO PRÓSPERO Y EN LO ADVERSO	49
GOLONDRINAS	57
LA V DE LA VICTORIA	75



## PRESENTACIÓN

Cuando reflexionamos en el compromiso de las instituciones educativas con la sociedad contemporánea, cobran especial relevancia aquellas acciones que nos lleven a formar un ser humano integral, con las habilidades y actitudes que el mundo globalizado reclama.

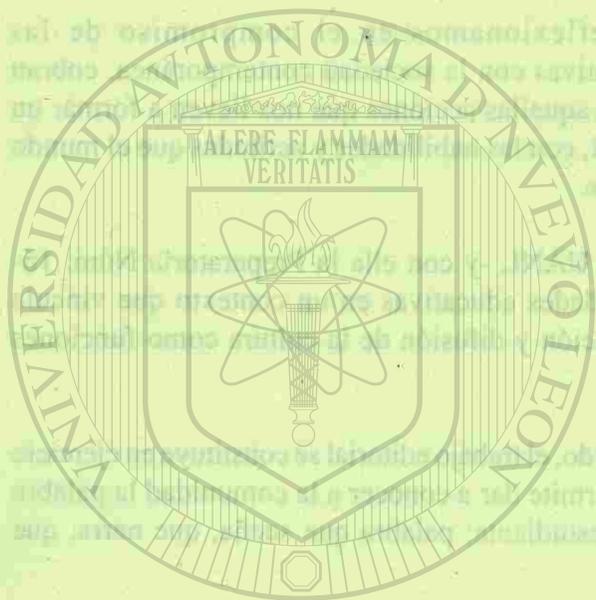
Por ello, la UANL -y con ella la Preparatoria Núm. 16- concreta sus actividades educativas en un contexto que vincula docencia, investigación y difusión de la cultura como funciones sustantivas.

En este sentido, el trabajo editorial se constituye en ejercicio privilegiado que permite dar a conocer a la comunidad la palabra del maestro y del estudiante: palabra que sueña, que narra, que hace crítica social.

En este libro toma la voz la maestra Leticia Hernández, y su palabra habla de sentimientos y de vida; habla de aquellos valores humanos que debemos cultivar en una sociedad cada vez más desprovista de una auténtica preocupación por el hombre y lo que le rodea. En este libro, Leticia Hernández, nos recuerda el estricto sentido de narrar: recuperar a través de la palabra la esencia de la vida humana.

José Hernández Cervantes

PRESENTACIÓN

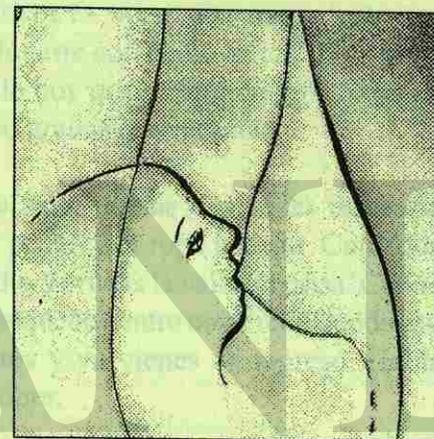


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

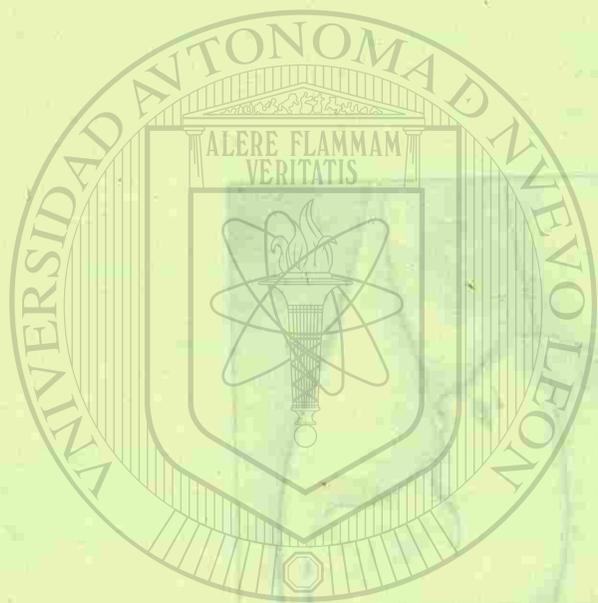
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

José Hernández Cervantes

LA RECETA



LA RECETA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

S ON LAS TRES DE LA TARDE. Esperabas justo esa hora para salir y así no toparte con nadie en la calle. Casi todos duermen, sobre todo hoy que es sábado y la temperatura alcanza ya los treinta y ocho grados centígrados.

Antes de salir, doblas dos veces un trozo de papel y lo guardas entre el pecho y tu ropa interior. Cuidadosamente cierras la puerta del jardín y cruzas la calle de prisa. Caminas dos cuadras para llegar a un pequeño centro comercial donde está lo que buscas. Sólo diez minutos y ya vienes de regreso. Habías memorizado muy bien el nombre.

Caminas con el repetido deseo de no encontrarte con nadie, y es que eres tan sociable que cualquiera te conoce por allí. Hacía buen tiempo que no caminabas tan rápido y te sientes cansada. Sudas "a chorros" y no sabes hasta qué punto ese sudor es producto del calor o del nerviosismo. Tu cuerpo no ha logrado recuperar su silueta normal, pero es que apenas cumplirás dos meses que estuviste de parto: tu tercer hijo.

Abres la puerta de la reja y rodeas por el pasillo lateral para llegar por el patio y simular que sigues lavando. Te asomas

por la ventana de la cocina y todo parece tranquilo. Tu mandado no te ha tomado más de quince minutos.

Entras como si nada y tu marido todavía duerme en el sofá de la sala; la niña mayor mira en la televisión un programa infantil y el bebé sigue durmiendo en la cuna, tranquilo con su chupón. Tu otro pequeño seguramente sigue con el niño de los vecinos.

Respiras profundamente y te animas porque piensas que todo será fácil y rápido. Entras al baño y cierras la puerta con llave; sacas del monedero una pequeña bolsa de celofán que protege un comprimido, lo desprendes y lo dejas sobre la base del lavabo. Te quitas la pantaleta y subes la pierna derecha hasta apoyarla en el asiento del inodoro; atrapas la pastilla entre el índice y el medio y muy despacio la introduces por el conducto vaginal. Sientes que no hubo necesidad de penetrar mucho porque tienes la impresión de que algo como una aspiradora la ha absorbido vorazmente. —¡Ya está! —has dicho en voz alta. Te arreglas la ropa y lavas tus manos. Apoyada en la puerta esperas a que te suceda algo, pero... nada sucede.

Si esto no resulta, ignoras qué podrás hacer. Esperas un tiempo razonable, pero, ¿cómo? ¿estás llorando? Te limpias los ojos con rabia y observas el reflejo de tu cara en el espejo. Entre lo mucho que has llorado los últimos días y lo poco que duermes por las noches, estás hecha un desastre.

¿Cuánto tiempo llevas allí, encerrada? ¿Diez, quince, veinte minutos? No lo sabes, pero lo suficiente para darte cuenta de que no resultó.

Sales y afuera todo sigue igual. ¿A quién le importa lo que te pasa? Si tu marido ni siquiera ha notado cambios en tu comportamiento, ¿qué puedes esperar? Él jamás ha entendido nada

acerca de la psicología femenina, las depresiones postparto, las angustias por el retraso del periodo menstrual. Para la mayoría de los hombres estas cosas son tan difíciles como aprender el chino.

Te sobrepones y decides preparar cinco onzas de leche porque en cualquier momento tu chiquito la exigirá. Además debes continuar con tu rutina: desde hace rato la carga de ropa terminó su ciclo de lavado y debes extenderla en el tendedero. Levantas la cesta con la ropa y ese solo esfuerzo activa algo por dentro; un líquido espeso moja tus piernas. Avientas la cesta y ves que rápidamente se forma un charco ante tus ojos.

La sorpresa no te permite ni gritar; corres hacia adentro directamente al baño; alcanzas una toalla y sentada en el suelo esperas que la hemorragia se detenga, pero algo se remueve por dentro como un hervor. De pronto todo está oscuro a tu alrededor.

Un bebé llora, una niña grita, un hombre se despierta asustado y luego, sábanas, sangre, toallas, sangre, llantos, mujeres, desesperación y sangre.

No puedes ver, no puedes hablar; sólo oyes, oyes muchas voces; alguien dice que te vacías; alguien, que estás fría; alguien grita que cuidará a los niños. Que alguien le dé la leche a tu niño, por eso llora; ya le toca. Pero no te salen las palabras, ni una sola.

Las sirenas de las ambulancias siempre te dieron mucho miedo y te persignabas al oírlas. Ahora te conducen en una de ellas a gran velocidad y te mueven, te inyectan, te hablan y te vas, te vas lentamente. Sí, era cierto lo del túnel.

Nunca quisiste tener muchos hijos; te las habías averiguado para que entre uno y otro se llevaran varios años. Pero esta vez te tomó desprevenida. ¡Qué descuido tan imperdonable! y ¡qué coraje!

La noche anterior, mientras tu marido dormía, hubieses querido golpearlo. ¡Si pudieras verlo ahora! Deshecho en llanto, derrotado. No se parece nada al macho que te pendejeaba.

Cuando se enteren tus amigas no podrán creerlo; llorarán mucho, pero una más que todas. Sí, la que te dio la "receta", esa receta que te encontró el médico de urgencias en el brasier. Ese papelito doblado que ahora está mostrando a ese pobre viudo, al que palmea en el hombro...

Pero no te preocupes, el pobre se portará como todo un hombre. Nunca dirá que lo que hiciste fue una pendejada, porque según el dictamen médico, tú ni siquiera estabas embarazada.

## LOTERÍA DE SEÑORAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La noche anterior, mientras tu marido dormía, hubieses querido golpearlo. ¡Si pudieras verlo ahora! Deshecho en llanto, derrotado. No se parece nada al macho que te pendejeaba.

Cuando se enteren tus amigas no podrán creerlo; llorarán mucho, pero una más que todas. Sí, la que te dio la "receta", esa receta que te encontró el médico de urgencias en el brasier. Ese papelito doblado que ahora está mostrando a ese pobre viudo, al que palmea en el hombro...

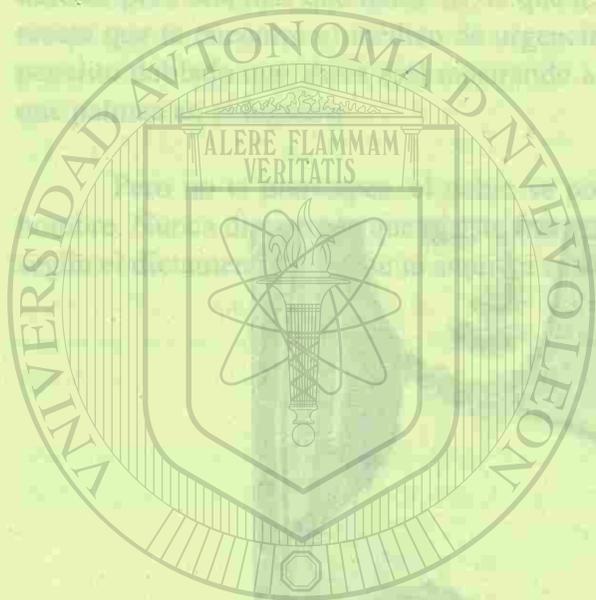
Pero no te preocupes, el pobre se portará como todo un hombre. Nunca dirá que lo que hiciste fue una pendejada, porque según el dictamen médico, tú ni siquiera estabas embarazada.

## LOTERÍA DE SEÑORAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

**G**OZÓ DEL PRIVILEGIO de pertenecer al grupo de los Galanes. Su inclusión en el famoso grupito se debió en gran parte a su aspecto atlético, que le mereció desde la inscripción en la facultad de medicina, ser seleccionado para el equipo Víboras de fútbol americano. Los Galanes eran, por supuesto, tipos muy bien parecidos que, además, como suele suceder, tenían otras cosas en común: papá con dinero, carro propio y una generosa mensualidad. La autoestima bien puesta y la seguridad que sentían sobre sí mismos eran como un lujo agregado.

Luis era la excepción. Fuera de sus atributos físicos, heredados en gran parte por el lado materno, no contaba con ninguna otra ventaja. Podía estudiar gracias a una beca que la empresa del vidrio, donde trabajaba su padre, otorgaba al primogénito de cada empleado; en el bolsillo sólo traía lo necesario para cubrir los pasajes de los cuatro camiones urbanos que utilizaba en sus trayectos de la casa a la facultad. A sus amigos, los riquillos, esto no parecía importarles; a las muchachas, sí. Al principio lo asediaban para conquistarlo, pero una vez que descubrían que no sólo no tenía carro, sino que ni siquiera sabía conducir, una por una se iban alejando para enlazar el brazo de otro que les conviniera. Eso a él no le sorprendía, ni siquiera se

sentía ofendido; simplemente aceptaba su condición de desventaja. No obstante, su inseguridad disimulada parecía ir prendida de los hilvanes que apenas podían sostener el último centímetro de bastilla de sus pantalones viejos y relavados.

Su única novia, después de dos años de tratarse, le salió con la ocurrencia de que había sentido “un fuerte llamado a la vocación religiosa”: así que de pronto su rival ya no fue el dinero, sino el propio Jesucristo. Con el tiempo sólo quedaron muchos suspiros y varios cientos de kilómetros de distancia entre él y su monjita quien, con los indígenas chamulas y en la selva de Chiapas, se encontraba como pez en el agua.

Un jueves por la tarde, a la salida de las prácticas de anatomía, Alejandro Meraz, el hijo mayor del *non plus ultra* de cardiología en Nuevo León, lo invitó a pasar el fin de semana en la finca familiar. Además de no aceptar ningún pretexto que significara un rechazo, a Luis le extrañó que Alejandro le recomendara vestirse con lo mejorcito que tuviera. El punto de reunión sería la esquina de Salvatierra con Calzada a las 4:00 de la tarde.

Con su ropa dominguera y perfectamente rasurado e impecable, Luis oyó en el lugar convenido los bocinazos y el freno del Mustang negro: distinguió tres cabezas conocidas que, al verlo tan bien arreglado y de puro relajo, le silbaron como a las señoritas. El automóvil se dirigió rumbo al Obispado y en una calle empinada paró a recoger a otro de los amigos. En unos minutos tomaron Constitución para continuar hasta la colonia Del Valle. Después de atravesar varias calles con nombres de ríos por el lado poniente de la colonia, estacionaron el auto deportivo frente a una residencia estilo californiano. Luis pensó que recogerían a algún otro compañero, pero Alejandro les pidió que lo siguieran a pie una cuadra más adelante. Cuando le preguntaron por qué dejaba el carro allí, él sólo les contestó: –Ya verán... ya verán...

Llegaron hasta una casa que parecía muy grande y se introdujeron por la puerta de servicio que los condujo directamente a una amplia y bien equipada cocina. Alejandro se asomó por la ventanilla de la puerta que daba al comedor, donde un grupo de señoras fumaban y jugaban a la lotería. Una señora de cabello color violín se volteó hacia él al oír unos toques y le guiñó un ojo. Al entrar a la cocina, la mujer observó complacida al grupo de jóvenes que aún no cumplían siquiera los veintidós años. Ni un pero podía ponerle a ninguno: cara, complexión y personalidad; hasta parecían sacados de una revista: –¡Lotería, muchachas! –les gritó a las demás. Dio indicaciones a Alejandro al oído y se fue al comedor a aplacar los ánimos de sus amigas que empezaron a provocar un alboroto no muy conveniente. Por su parte el líder de los jóvenes les hizo una seña y los sacó hacia la calle.

–Oye, Meraz, ¿qué esa señora no es tu tía? –fue lo primero que preguntó Raúl, el güero al que todos apodaban Redford.

–Sí, pero cállate la bocota –le contestó nervioso.

–Mínimo explícanos este reverendo desmadre, ¿no crees? –interrogó el Rabino, un muchacho de ascendencia judía, bastante atractivo.

–No se me raje ninguno. A estas señoras les vamos a hacer un “favorcito” y ellas nos lo van a pagar muy bien. Este dinero te va caer de perlas –por el retrovisor se dirigió hacia la parte trasera del carro–, ¿verdad Luis?

El muchacho, sorprendido, no acertó a contestar.

–Oye, con el perdón de tu tía, pero ¿no crees que están muy rucas? –volvió a preguntar el Redford.

—No seas bruto, ninguna llega a los cuarenta y cinco, y además la experiencia de estas rucas, como tú dices, no se cambia ni por dos rubias de veinte años.

Treinta y cinco minutos de trayecto por la Carretera Nacional, con tramos de cien a ciento veinte kilómetros o más por hora. El Mustang se mantuvo a prudente distancia de la camioneta Country Sedan hasta el retorno, que los llevó a un camino de terracería donde muy pronto se dejaron ver varias casas de campo. Una barda blanca con un portón negro era el destino final.

Una de las señoras se bajó de la camioneta para abrir el candado. Aparentemente la quinta estaba desierta. Cinco mujeres y cinco muchachos. La tía de Alejandro chocó fuertemente las palmas de las manos y con ese gesto dio inicio a un jueguito en el que no había ninguna duda quiénes llevarían la iniciativa.

Una mujer bajita, de pelo recogido, rápidamente atrapó al Redford y le dijo: —Tú te vienes conmigo. Las demás soltaron la carcajada por el doble sentido y buscaron miradas entre los jóvenes para seleccionar su pareja. Luis inconscientemente dio unos pasos hacia atrás como para ocultarse, pero cuando reaccionó, vio que la mujer que estaba frente a él —nada menos que la tía de Alejandro— se aferraba a su hombro y le decía: —Desde que te vi en la cocina, me subyugaste.

—.....

—Pero, ¿qué te pasa? Pareces un conejito asustado. Lo único que vamos a hacer es divertirnos. ¿A poco no quieres?

El muchacho iba a contestar cuando se dio cuenta de que se habían quedado solos.

—Ya ves, por ser tan tímido ya nos ganaron. ¡Ni modo! No hay más lugar en la casa, así que nos vamos al carro. ¡Ven, vamos! Muy romántico, ¿no crees?

Hasta ese momento Luis no había podido articular palabra. Se dejó llevar de la mano hacia el Mustang y la mujer lo recargó en la puerta delantera. Burlonamente le pellizcó la mejilla: —¿No me digas que me tocó un mudito?

Por fin, Luis contestó un no, que más parecía un sí.

—No te preocupes cariño, si quieres primero rompemos el hielo. ¿Cómo te llamas?

—Luis Alfonso.

—Muy bien, Luisito, y ¿tienes novia?

—Ya no.

—¿Qué pasó? ¿Por qué terminaron?

—Porque se fue de religiosa.

—¿De qué?

—De monja.

—¡No me digas! ¿Y por qué le gustó eso?

—Siempre le atrajo todo lo de las misiones y esas cosas de la Iglesia.

—¡Mira nada más qué linda niña!

—¿Y no me digas que por eso estás así de serio y calladito?  
—la mujer empezó a jugar con la camisa del muchacho con la intención de sacarla del ajustado cinturón.

—Pero, cuéntame, ¿cómo se despidieron? —insistió ella.

—Pues nada más nos dijimos adiós —contestó el muchacho que se sentía cada vez más incómodo.

—¿Así nomás?

—Sí.

—¿A poco eres muy respetuoso? —le preguntó la mujer en tono burlón.

—Pues más o menos.

Luis se puso tenso al ver que la señora acariciaba los vellos de su pecho. Sentía su cara cada vez más cerca. En ese momento lo único que se le ocurrió fue decirle que tenía sed.

—Oye, de veras, ¡qué desatenta! —reaccionó la mujer—. Ni siquiera te he ofrecido algo de beber. Espérame tantito, ahora vuelvo. Tenemos de todo, ¿prefieres una cerveza?

—Luis asintió con la cabeza.

\*\*\*

EL CONSULTORIO FORMABA PARTE de un moderno y funcional centro médico situado al lado de un prestigioso hospital. La puerta se abrió. La placa dorada con letras clásicas decía: *Dr. Luis Alfonso González Martínez. Cirujano Pediatra*. Dos mujeres entraron; una,

la más joven, con un niño en brazos, se presentó a la secretaria y pocos minutos más tarde pasaron directamente al privado del especialista.

El doctor las recibió amablemente y empezó a bromear con el chiquito de apenas unos meses de edad. Después de acostarlo boca arriba sobre una base acolchonada, se dispuso a examinar con cuidado su pequeño vientre y después de varios movimientos observó satisfecho:

—¡Perfecto! La cicatrización va excelente. Muy pronto ni siquiera se notará.

—Doctor, tengo la impresión de haberlo visto en alguna parte —interrumpió la mujer mayor, presentada minutos antes como la abuela del bebé.

—El doctor dirigió la vista hacia ella y frunció el ceño buscando reconocer a alguien.

—¿Dónde... dónde lo he visto...? —insistió la señora con una terquedad que luego tendría tiempo de calificar como estúpida.

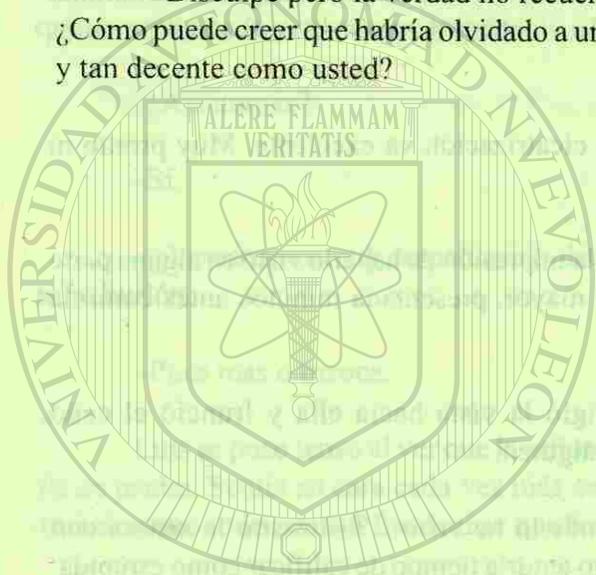
En unos segundos, el escrutinio visual del doctor trasladó su memoria a varios años atrás. Recordó la famosa huida que sirvió para demostrar por qué era considerado, en ese entonces, como uno de los mejores corredores del equipo Víboras. Recordó las continuas burlas de sus amigos, las decenas de veces en que lo llamaron maricón, y lo difícil que le fue olvidar a Alejandro el insulto de haber plantado a su tía en plena quinta.

La señora tenía por lo menos unos quince kilos de más y los últimos diez años habían dejado huellas ingratas en esa cara maquillada que empezó a sonrojarse visiblemente al reconocerlo.

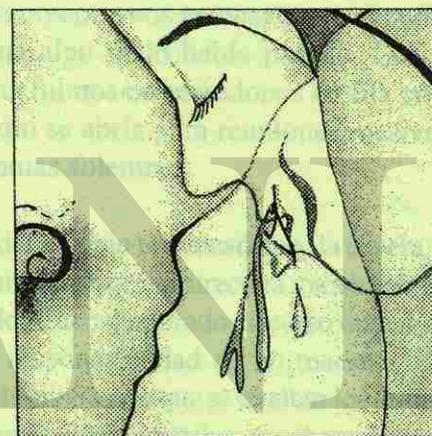
Su primera reacción fue ponerse la mano sobre la boca como queriendo ahogar su expresión de sorpresa y, a la vez, de angustia.

Por su parte, el ahora afamado médico, como si su lengua de pronto se hubiera convertido en un afilado bisturí, contestó:

—Disculpe pero la verdad no recuerdo haberla visto antes. ¿Cómo puede creer que habría olvidado a una señora tan respetable y tan decente como usted?



## LA SEÑORITA ROCÍO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

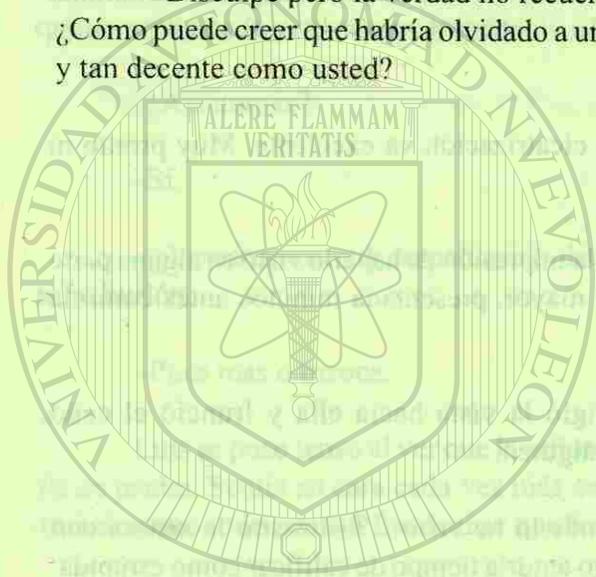
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



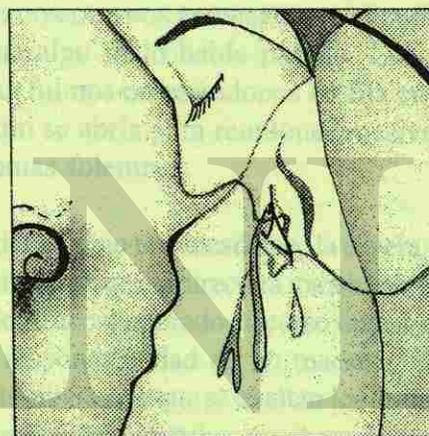
Su primera reacción fue ponerse la mano sobre la boca como queriendo ahogar su expresión de sorpresa y, a la vez, de angustia.

Por su parte, el ahora afamado médico, como si su lengua de pronto se hubiera convertido en un afilado bisturí, contestó:

—Disculpe pero la verdad no recuerdo haberla visto antes. ¿Cómo puede creer que habría olvidado a una señora tan respetable y tan decente como usted?



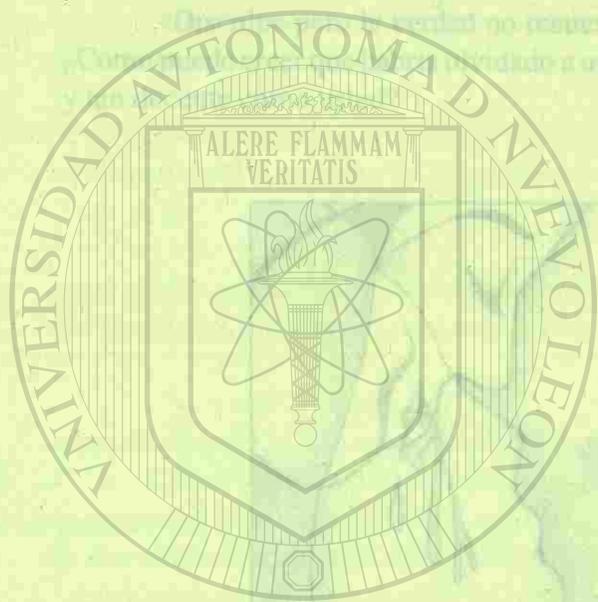
## LA SEÑORITA ROCÍO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL MISTERIO CON QUE NOS REUNIERON en el auditorio, nos hizo pensar que algo malo había pasado. Los seis grupos de secundaria fuimos ordenándonos en fila en los asientos de un recinto que sólo se abría para reuniones masivas de padres de familia o ceremonias solemnes.

Después del bullicio provocado por la espera, los toques en el micrófono nos anunciaron que la directora iba a hacer uso de la palabra. Una vez terminado su acostumbrado discurso inicial, empezó a hablar de la "tremenda responsabilidad de un maestro" de "su ejemplar conducta" y demás cursilerías que se exaltan los quince de mayo; nos extrañó ese tema pues todavía faltaban muchas semanas para esa fecha y además su tono fue haciéndose más severo. El nerviosismo de la directora era notorio porque sus frases eran interrumpidas por carraspeos o tos, hasta que con el volumen más bajo, declaró:

—Por razones que no vale la pena mencionar ahora y en nombre de la mesa directiva de este instituto y de quienes lo representamos, les comunico que la licenciada Rocío Valenzuela Montes ha renunciado a la titularidad de Historia y Civismo y, por lo tanto, se retira de este colegio definitivamente.

Como si nos hubiésemos puesto de acuerdo, una gran mayoría nos levantamos del asiento y un ¡no puede ser! resonó

casi al mismo tiempo. Nos veíamos unas a otras incrédulas y repetíamos –¡No! ¡No! ¡No!

La señorita Rocío era, no una, sino la única alegría de ese colegio embadurnado de estatutos, disciplina y conceptos asfixiantes. Quienes presidían aquella reunión se esforzaban infructuosamente en calmar los ánimos de esa chiquillería rebelde y desconcertada que nos negábamos a aceptar la renuncia de una queridísima maestra, que ni siquiera estaba presente para explicarnos de frente el porqué de esa decisión.

Un encorbatado se puso de pie –seguramente el padre de alguna alumna– y con impaciencia y coraje golpeó el escritorio hasta que nos hizo callar.

–Son demasiado jóvenes para entender muchas cosas –dijo el señor, con el clásico acento del adulto que no puede concebir inteligencia en alguien que tenga menos de quince años–. En lugar de la licenciada Valenzuela –continuó– se pone a sus órdenes la maestra Sor María del Consuelo Martínez, aquí presente.

Unos abucheos se dejaron oír, y los golpes en el escritorio sonaron de nuevo violentamente. Muchas lloraron, otras se enojaron y algunas, como yo, nos quedamos desconcertadas.

\*\*\*

Un auto compacto de color amarillo y mofle ruidoso, anunciaba la llegada de la señorita Rocío. Decenas de muchachitas nos agolpábamos para abrirle la puerta, cargar sus libros, llevar su bolsa o sus lentes. Con una risa sonora y contagiosa nos recibía, nos palmeaba la espalda, nos revolvió el fleco; pero, sobre todo, nos iluminaba el día. ¿Qué tenía la señorita Rocío que nos fascinaba a casi todas las alumnas del Instituto Orientación? Ahora que lo recuerdo, no era ninguna belleza de concurso, pero su personalidad se imponía en el

salón de clases. Sabía ser dulce o dura cuando era pertinente; así como también cumplía sus promesas, ya fueran a favor o en contra. Era alérgica a las mentiras, su lenguaje sólo permitía “hablar con la verdad, aunque fuese, en ocasiones, doloroso”. Una de sus mayores virtudes era saber escuchar; permanecía tan atenta, como si lo que decíamos fuera lo más importante en el mundo y su reloj lo considerara tan sólo un adorno. Yo buscaba en balde tener algún conflicto para llamar su atención, pero a mis trece años todavía no sabía lo que era un problema que no fuese una operación matemática.

La señorita Rocío no era una maestra del montón. Nos enseñó a entender la Historia y a cuestionarnos sobre el proceder de nuestros héroes nacionales. Acostumbraba llevar diferentes textos para confrontar opiniones y así obligarnos a llegar a conclusiones personales. En una ocasión nos sorprendió al llevar a clase a un anciano de ochenta y cinco años, con grado de Mayor, que estuvo a punto de ser fusilado en el periodo de Carranza, para que nos relatase de viva voz su experiencia en la Revolución. En fin, su entusiasmo por la Historia, nos hizo apasionarnos por el estudio de esa disciplina de manera que la Decena Trágica, la muerte de Belisario Domínguez, el periodo de Calles o el asesinato de Obregón, fueron hechos que han quedado en nuestra memoria claramente definidos.

En aquellos años, a la escuela se asistía por la mañana y por la tarde. Entre los dos turnos había un lapso de tiempo justo para comer y descansar un poco. La señorita Rocío vivía en un municipio alejado del nuestro y trasladarse al instituto le llevaba cuarenta minutos aproximadamente; en un principio –según nos dijo– comía en un pequeño restaurante porque le era imposible ir a su casa. Poco después, fueron tantas las invitaciones a comer por parte de algunos padres de familia que vivían en las cercanías del colegio, que nunca más tuvo que comer sola en un lugar público.

Yo era demasiado tímida como para atreverme a invitarla, pero muchas veces tuve oportunidad de estar presente también como

invitada en casa de Graciela, una de mis mejores amigas, cuya familia gozaba frecuentemente de tenerla en su mesa. Daba gusto observar la naturalidad con que se conducía y cómo su sencillez cautivaba a sus anfitriones; ayudaba a poner la mesa, a servir los alimentos, a lavar los trastes y, además, siempre llevaba un postre sorpresa. Quienes la conocían comentaban: —¡Tiene un carisma especial!

Nadie es perfecto y, por supuesto, ella no era la excepción. Sus defectos más graves eran tres: fumar un cigarrillo tras otro, tomar Coca Cola a todas horas y tener unos considerables kilos de más.

Una de las ventajas de mi carácter introvertido era que me permitía ser muy observadora y estar atenta a lo que sucedía a mi alrededor. La señorita Rocío no era bien aceptada por sus compañeras de trabajo. Las maestras de matemáticas y ética la miraban recelosamente y a sus espaldas hacían comentarios ácidos bastante desagradables. Nunca he logrado percibir de forma tan clara la envidia en una persona, como en los rostros de esas mujeres

A medio año escolar, le quitaron la titularidad de nuestro grupo. Esto fue un golpe bajo, tanto para ella como para nosotras. El hecho fue tan arbitrario que quisimos organizarnos y oponerle ante la dirección. La misma señorita Rocío nos obligó a desistir porque con nuestra actitud podía peligrar su empleo.

Poco tiempo después, al regresar de vacaciones por Semana Santa, nos enteramos que esos días de “invitación a la reconciliación y al perdón” —según nuestras tradiciones católicas— habían servido para urdir un plan, donde la señorita Rocío recibiría el tiro de gracia

\*\*\*

—¿LESBIANA?

—¿Es que no puede ser? ¿Quién inventó algo así?

—¡Imagínate! Alguna mente enferma.

—Pero... ¿Cómo pudieron creer eso?

—Porque lo atestiguaron tres alumnas y dos maestras.

—¿Quiénes son?

—Lo mantienen en secreto, pero no sería difícil averiguarlo.

—Pero nuestras hijas también pueden atestiguar lo contrario. ¿En qué se basan para acusarla de perversión?

—¿Recuerdas que las niñas de tercero “A” hicieron una fiesta sorpresa a Marilú, por sus quince años?

—Sí, ¿y qué?

—Pues, según esto, una de las compañeras, Diana, llegó muy arreglada con un vestido de tirantes que llevaba un saco tipo torero muy llamativo, y la señorita Rocío le pidió que modelara. Diana, haciéndose la payasa, tarareó la tonada típica del *strip tease* y se quitó el saco coquetamente.

—¿Y luego qué?

—Que de ahí le agregaron e hicieron un cuento muy largo y muy sucio.

—¿Cómo es posible que una estupidez de adolescencia sea tomada como el argumento de una difamación?

—La verdad es que la odiaban por el éxito que tenía en la escuela y buscaban desde hace tiempo hacerle daño. De pronto se presentó una circunstancia que favoreció sus propósitos y...

—Pero, ¿por qué con algo tan mezquino?

—Porque la envidia así es.

—Y... ¿Qué vamos a hacer?

La madre de Graciela dijo muy triste:

—Nada, porque Rocío no quiere luchar. Ella me pidió que les agradeciera todo nuestro apoyo, pero no se siente capaz de enfrentar las consecuencias de una demanda. Está tan deprimida y tan asustada que sólo de pensar en la publicidad que se pudiera dar al asunto, quisiera morirse. Además, me dijo que siempre quedarían dudas; lo que hace temer que jamás volverá a pisar un salón de clases.

—¿Y entonces nos vamos a cruzar de brazos?

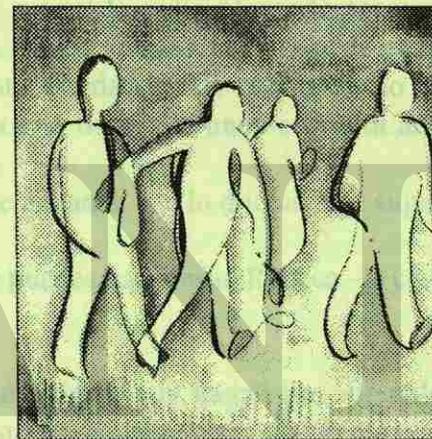
—Por el momento sí, porque nuestras hijas podrían ser objeto de represalias o, incluso, perder el año escolar.

Aquella conversación de nuestras mamás, que escuchamos tras la puerta, nos aclaró el misterio de esa mañana en el auditorio. Entonces, por primera vez supe lo que era estar en un serio problema.

Aunque han pasado muchos años de aquello, en mi memoria está muy vivo el recuerdo de nuestra querida maestra despidiéndose con los ojos enrojecidos. Cuando nos llegó el turno, mi madre le aseguró que tarde o temprano la verdad saldría a la luz. La señorita Rocío le contestó algo que nunca olvidaré:

—Levantar un falso a una persona es como rasgar y sacudir una almohada de plumas en la cima de una montaña; recuperar su prestigio implicaría recoger hasta la última pluma arrastrada por el viento.

## JUNTA FAMILIAR



—Pero, ¿por qué con algo tan mezquino?

—Porque la envidia así es.

—Y... ¿Qué vamos a hacer?

La madre de Graciela dijo muy triste:

—Nada, porque Rocío no quiere luchar. Ella me pidió que les agradeciera todo nuestro apoyo, pero no se siente capaz de enfrentar las consecuencias de una demanda. Está tan deprimida y tan asustada que sólo de pensar en la publicidad que se pudiera dar al asunto, quisiera morirse. Además, me dijo que siempre quedarían dudas; lo que hace temer que jamás volverá a pisar un salón de clases.

—¿Y entonces nos vamos a cruzar de brazos?

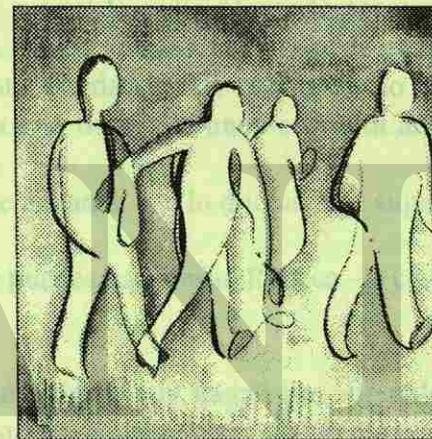
—Por el momento sí, porque nuestras hijas podrían ser objeto de represalias o, incluso, perder el año escolar.

Aquella conversación de nuestras mamás, que escuchamos tras la puerta, nos aclaró el misterio de esa mañana en el auditorio. Entonces, por primera vez supe lo que era estar en un serio problema.

Aunque han pasado muchos años de aquello, en mi memoria está muy vivo el recuerdo de nuestra querida maestra despidiéndose con los ojos enrojecidos. Cuando nos llegó el turno, mi madre le aseguró que tarde o temprano la verdad saldría a la luz. La señorita Rocío le contestó algo que nunca olvidaré:

—Levantar un falso a una persona es como rasgar y sacudir una almohada de plumas en la cima de una montaña; recuperar su prestigio implicaría recoger hasta la última pluma arrastrada por el viento.

## JUNTA FAMILIAR





SALIÓ DEL TAXI y le pidió al conductor que esperara unos minutos. Se encaminó a la entrada de una casa de fachada semejante a todas las de ese moderno fraccionamiento. Abrió la puerta una mujer de unos cuarenta años, su hermana.

—Te traje a mamá, —se lo dijo así, sin siquiera saludarla.

—No me puedes hacer esto, Rebeca —le contestó alterada la mujer.

—¿Y qué quieres que haga? Los albañiles empezaron a tumbar ya los muros. No puedo tenerla un día más. ¡Ah!, y con la novedad de que ya no me reconoce.

—Rebeca, tú sabes que mañana tengo la reunión de ingenieros civiles aquí en la casa. En peor momento no pudiste traerla. De verdad no puedo cuidarla.

—Te entiendo perfectamente, Amalia; pero tú ponte también en mi situación...

La discusión se prolongaba ya más de diez minutos cuando fue interrumpida por el taxista que desesperado las interpelló: —

¿Qué hago con la viejita que está en el carro? Yo tengo que seguirle y...

Amalia muy molesta se dirigió al taxi, abrió la puerta trasera y con un ¡muévase mamá! la sacó del automóvil. Un mapa de orines quedó grabado en el asiento.

—¡Qué torpe Rebeca! —le dijo furiosa su hermana— Te he dicho que ya no la saques sin pañal. Ahora tendremos que pagarle al hombre lo de la lavada del asiento.

Después de los arreglos necesarios, el conductor aceptó el dinero y sin poderlo evitar miró de reojo a la anciana. Aunque tenía poco como taxista, ya se estaba acostumbrando a las sorpresas que le daban los pasajeros. Esta vez tomó el incidente con más calma. Se resignó a decir para sus adentros: —¡Pobre vieja!

\*\*\*

—¡MAMA!, abuelita no quiere comer.

—¡Amalia!, dale un baño a la suegra para que se reanime.

—¡Señora!, su mamá se está haciendo la dormida porque no quiere que la cambie.

—¡Ay, mamá, no me pidas que haga eso! Tú sabes que no sirvo para esas cosas.

A los quince días Amalia estuvo a punto de llamarle a Margarita, la hermana mayor, para decirle que ya no podía con el paquetón. Muchos cuidados, muchas molestias, muchos pleitos. Pero se detuvo. Desesperarse con apenas dos semanas, cuando en otros tiempos ella misma le suplicaba a su madre que se quedara una larga temporada. Pero el mal de Alzheimer avanzaba cada vez

más rápido y los problemas también. Definitivamente había que poner los puntos sobre las íes en una junta familiar.

\*\*\*

ESTABAN MARGARITA Y REBECA con sus respectivos esposos; Roberto, el hermano divorciado; Raúl y la cuñada Olga y, por supuesto, Amalia y Fernando, los anfitriones.

Primero acordaron que cada quince días se turnarían para hacerse cargo de doña Rosita. Después resultó que dos semanas eran muy poco tiempo para el trastorno que implicaba cambiarla de casa y, como un mes parecía demasiado, consideraron mejor hacerlo cada tres semanas.

Las chispas empezaron a saltar cuando Rebeca pidió que la dejaran para el final y Olga: —¿Por qué? Mejor un sorteo y como te tocó, te tocó. En vista de que la reunión se volvía un dime y direte, Amalia propuso lo que había venido reflexionando desde tiempo atrás: pagar entre todos la costosa pensión de una casa de reposo, en vista de que nadie podía hacerse cargo de mamá Rosita. Ninguno secundó la proposición. Tampoco pareció conveniente contratar enfermeras pues, además de caro, implicaba tener personas extrañas que había que alimentar y que, en fin, alterarían más a la familia.

Los argumentos sobraban: Roberto, desempleado; Rebeca con la construcción, estaba hasta el tope de gastos; Margarita, pues vive al día; Raúl y Olga, con los gemelos en colegio bilingüe, demasiados gastos.

Amalia vio como el cerco se cerraba a su alrededor. Iba a explotar, pero Fernando, su marido, que la conocía demasiado bien, le presionó con fuerza la mano en la rodilla para indicarle que no abriera la boca.

Entonces él habló:

—Creo que como simple espectador les he tenido mucha paciencia; pero ya estuvo bueno. Ahora sí que me encabroné. Mi suegra no es ningún calzón de puta como para andar de arriba para abajo. Esta fue la última vez que se discutió la situación de doña Rosita. De aquí en adelante, éste será su único hogar, y permanecerá aquí los días, meses y años que le queden de vida... Y ni una palabra más.

Unos silenciosos segundos fueron interrumpidos por aplausos. Todos voltearon sorprendidos a la entrada de la cocina. Los dos hijos mayores de Amalia y Fernando batían sus palmas con los rostros muy serios. Mientras sus parientes jugaban a “la papa caliente” con la abuelita, ellos habían tenido tiempo de repasar las canciones de cuna, las tardes en el parque, las cucharadas en las madrugadas de fiebre, las gorditas de azúcar y los cuentos teatralizados que entretenían por horas a los nietos llorones, mientras que papi y mami se divertían en el cine. Estos recuerdos los convertían, de pronto, en guardianes de la persona que había vuelto locos a una bola de individuos que parecían beber agua de la eterna juventud.

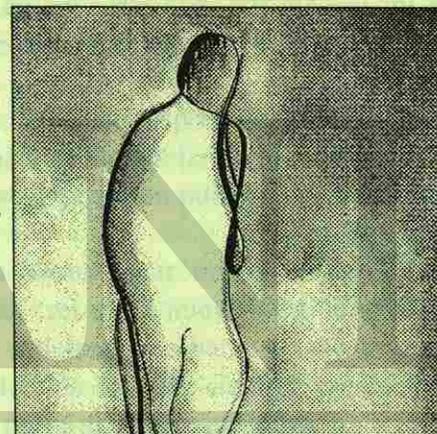
\*\*\*

EL SEPELIO FUE de lo más familiar. Salvo los sollozos aislados de algunos nietos, predominaba un silencio de gargantas cerradas, un lenguaje de miradas cobardes.

Dos años había vivido doña Rosita rodeada de cuidados. La paciencia se había practicado de día y de noche, de enero a diciembre.

Una corona de crisantemos blancos resaltaba entre todas las demás. Su leyenda, muy sencilla: GRACIAS, FERNANDO. Firmaba. Rosita.

NÉSTOR PAREDES



—Creo que como simple espectador les he tenido mucha paciencia; pero ya estuvo bueno. Ahora sí que me encabroné. Mi suegra no es ningún calzón de puta como para andar de arriba para abajo. Esta fue la última vez que se discutió la situación de doña Rosita. De aquí en adelante, éste será su único hogar, y permanecerá aquí los días, meses y años que le queden de vida... Y ni una palabra más.

Unos silenciosos segundos fueron interrumpidos por aplausos. Todos voltearon sorprendidos a la entrada de la cocina. Los dos hijos mayores de Amalia y Fernando batían sus palmas con los rostros muy serios. Mientras sus parientes jugaban a “la papa caliente” con la abuelita, ellos habían tenido tiempo de repasar las canciones de cuna, las tardes en el parque, las cucharadas en las madrugadas de fiebre, las gorditas de azúcar y los cuentos teatralizados que entretenían por horas a los nietos llorones, mientras que papi y mami se divertían en el cine. Estos recuerdos los convertían, de pronto, en guardianes de la persona que había vuelto locos a una bola de individuos que parecían beber agua de la eterna juventud.

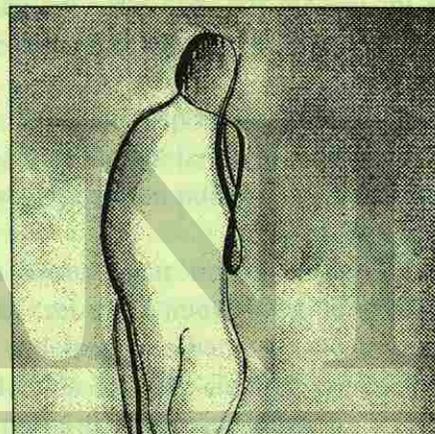
\*\*\*

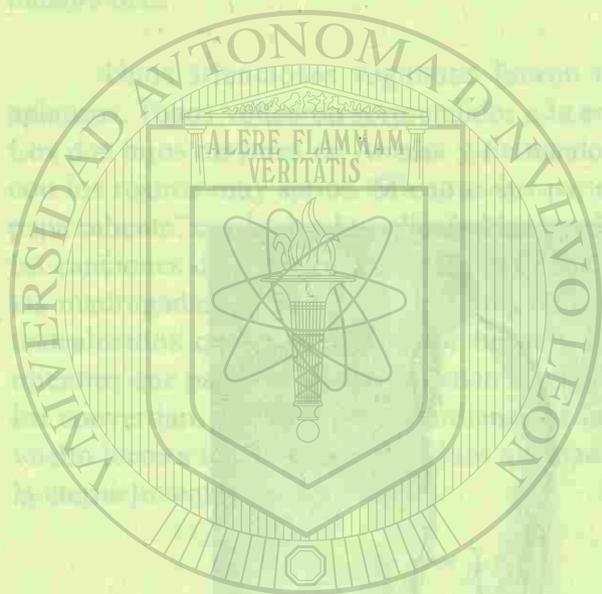
EL SEPELIO FUE de lo más familiar. Salvo los sollozos aislados de algunos nietos, predominaba un silencio de gargantas cerradas, un lenguaje de miradas cobardes.

Dos años había vivido doña Rosita rodeada de cuidados. La paciencia se había practicado de día y de noche, de enero a diciembre.

Una corona de crisantemos blancos resaltaba entre todas las demás. Su leyenda, muy sencilla: GRACIAS, FERNANDO. Firmaba. Rosita.

NÉSTOR PAREDES





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿ QUÉ POR QUÉ ME ATREVO a venir al sepelio de mi padre? Simplemente por eso, porque era mi padre. ¿No le parece suficiente razón? —contestó Néstor con fastidio.

—Sí, claro, claro —le respondió el periodista—. Lo que pasa es que usted no ha querido hablar de todo aquel asunto con nadie y, ahora, por fin se deja ver en público.

—Mire, en primer lugar, quiero ver a mi padre por última vez y, en segundo, creí que a nueve años de lo sucedido, ya todo estaba olvidado. Además, me parece justo que con su muerte, Néstor Paredes deje de ser para siempre comida de la opinión pública. Y si me permite, tengo que entrar.

—Espérese, piense lo que le dije antes. A *Proceso* le interesa su historia y... créame, le conviene. Mire Néstor, hasta para usted sería como una liberación. ¿Cómo ve? ¿Lo va a pensar? —le insistió el hombre caminando tras él.

\*\*\*

QUÉ RAZÓN TENIAN esas Damas Vicentinas que nos visitaban en la cárcel, cuando tratando de confortarnos repetían unos versos de

una santa de quién sabe dónde, que decían: “Nada te turbe, nada te espante, en esta vida todo se pasa...” Pero pensándolo bien, por un lado se pasa y por otro, no tan fácil se olvida.

Recuerdo muy bien cuando en quinto grado de primaria me enteré de quién era mi papá en realidad: —Oye Néstor, en el periódico hablan de un señor que se llama igualito que tú. La fotografía donde él aparecía junto con su esposa y sus otros hijos, recibiendo no sé qué nombramiento, explicaba muchas de las dudas que me atormentaban desde muy pequeño.

Mi madre nunca me dio respuestas; aceptó con sus silencios todas las mías. Mi primo Mario siempre supo todo. En ese tiempo mi papá empezaba a ser conocido en la política y se fue abriendo camino gracias a la facilidad de palabra que tenía, además de otras tantas “cualidades” indispensables en esos ambientes.

La historia empezó como muchas, aunque al final se complicó, o mejor dicho: la compliqué. Mi mamá era una madre soltera de dieciocho años. Lo conoció cuando él era apenas un regidor que colaboraba para la diputación de un licenciado. Ella estaba entre la bola de curiosos, esperando el delantal y la gorra de la propaganda, cuando su cara bonita y su bien formado cuerpo llamaron la atención del político. Para pronto se acercó a saludarla y le entregó una tarjetita blanca: —Me dará mucho gusto poder servirle algún día —le dijo fijando la vista no precisamente en la bonita cara.

Muy pronto se llegó el día en que mi futura madre necesitó la ayuda del mentado señor Paredes. Le urgía trabajar y ninguna puerta parecía abrirse. Se decidió y se fue con la tarjetita a buscarlo a su oficina. Primero la trajo vuelta y vuelta, después le ofreció una chambita temporal; pero trabajo, lo que se dice trabajo, nunca le dio. Dicen que primero se hizo la difícil y el hombre tuvo que

rogarle, pero más pronto de lo que hubiera querido, cayó rendida ante las promesas de protección y dizque amor de un experto labioso que se las sabía de todas, todas.

—Dale gracias a Dios que un hombre ilustrado se fije en ti— le dijo la abuela—. En tu situación, con esa niña sin padre, ¿qué puedes esperar?

La casa de Infonavit luego luego se la consiguió; pero a los pocos meses, cuando el embarazo se presentó, las promesas de matrimonio se evaporaron más pronto que la lluvia en el desierto. Por si o por no, la abuela se llevó a mi hermanita a vivir a su casa: —El diablo no duerme Chayo, yo sé lo que te digo. Cuando quieras ver a mi nieta ahí va a estar. ¡Ah! pero eso sí, no te olvides mandarme lo de la manutención.

¡Pobrecita de mi madre! Pero lo que la perdió en la vida fue su maldita inseguridad. Siempre dejó que los demás decidieran por ella. No sé si el rencor hacia mi padre fue arraigándose más de verla a ella tan amargada, tan triste, tan poquita cosa. Una sola promesa pudo obligarlo a cumplir. Dicen que desde antes de mi nacimiento, dejó de visitarla. Cuando por fin, después de algunos meses fue a conocerme, lo de ella fue un llorar, que no hubo poder humano que pudiera calmarla. En un momento de debilidad y temiendo que la pobre cometiera una locura, mi padre le cumplió su gusto: registrarme con su mismo nombre.

Lo vi muy pocas veces de niño y la verdad jamás se me acercó lo suficiente como para sentir que fuera mi padre. De vez en cuando llegaba en taxi, se encerraba con mi madre y luego le dejaba algún dinero. Cuando se largaba me entraba una rabia que me daban ganas de golpearla; pero no me quedaba más remedio que lamentar mi suerte. No era fácil ser hijo de “la otra”, o de una de tantas “otras”, eso sí quién sabe. Me preguntaba por qué mi

madre se había conformado siempre con ser plato de segunda mesa, y por qué yo tenía que cargar con las consecuencias. A mi padre nunca le merecí un poco de su atención, una migaja de su cariño. Que la razón de su rechazo, según la psicóloga del penal, fue mi extraordinario parecido con él; la sorpresa de que el hijo ilegítimo era precisamente el que había heredado físicamente todo. Según me dijo esa mujer, con tantito que mi padre se me hubiera acercado, habría sentido el impulso de quererme, lo que hubiera puesto en riesgo la imagen que hasta ese momento le garantizaba una prometedora carrera política. Pero si ahora, eso no me parece justo, mucho menos cuando era muchacho.

Un día le juré a Mario que me iba a vengar y mi primo no me creyó.

No tuvo que pasar mucho tiempo para llevar a cabo lo que me había propuesto desde niño. Tantos años de permanecer callado, mirando desde lejos cómo el hombre que me había dado la vida subía igual que la espuma mientras nosotros acá, olvidados, humillados. Hasta me cambié el nombre; sí, me puse Ernesto Paredes y así logré despistar cualquier relación con el conocido político. Mi padre peleaba ya en ese entonces un puesto en el Senado. Su rostro, favorecido por los trucos de los fotógrafos, estaba pegado en las grandes avenidas. ¡Pobrecito! ¡Se veía tan sonriente por todos lados! Yo acababa de terminar la preparatoria y, como no aprobé el examen de admisión a la facultad, tuve tiempo para planear muy bien el asunto.

Mario se convirtió en mi cómplice porque no le quedó de otra.

Primero dedicamos varios días a seguirlo en el taxi de un amigo. No fue fácil porque muchas veces tomaban el rumbo hacia el aeropuerto y era de suponer que estaría ausente varios días. Por

fin, una tarde, después de mucho esperar, lo seguimos hasta su domicilio particular. Muy arriba del cerro, por el rumbo del Chipinque, la casa ocupaba varios terrenos y estaba vigilada por un uniformado. Teníamos que pensar muy bien cómo acercarnos a esa zona sin ser considerados sospechosos.

Pocos días después, muy peinados y con nuestra mejor cara, nos presentamos al encargado de los jardines de ese sector. Como la casa quedaba bastante lejos de la última parada del camión y luego había que subir a pie por calles muy pronunciadas, los trabajadores no les duraban, así que teníamos posibilidades. Le rogamos al ingeniero que nos diera trabajo los dos meses del verano, y después de un interrogatorio y de revisar nuestra papelería de estudiantes, aceptó. En pocos días demostramos ser tan responsables y cumplidos, que muy pronto nos ganamos la confianza del jefe. Todos los días, cerca de la hora de salida, me iba acercando a la casa de mi padre con el pretexto de limpiar los arriates de las flores, para que el vigilante se acostumbrara a verme. Una de esas tardes de julio, con un calor de los mil diablos, el hombre se me acercó y me ofreció una soda enlatada. Empezamos a hablar del calor y terminamos hablando de lo que me interesaba realmente. Por lo pronto el licenciado Paredes cuidaba, como lo máspreciado, dos cosas: el Mercedes Benz deportivo y su "princesa", la hija menor que, en ese entonces, estaba a punto de cumplir los quince años.

Cualquier día esa familia se llevaría una sorpresa, lo único que había que hacer era tener paciencia y yo tenía la suficiente, de eso no cabía duda.

El 9 de agosto de 1991 –la fecha no la olvidaré– todo se puso de modo. Mario y yo terminábamos de arreglar las mangueras de riego cuando nos dimos cuenta de que las dos sirvientas salían muy apuradas con el chofer, rumbo a los centros comerciales.

—La niña está dormida, don Ramiro, no se preocupe.

Esa última frase que alcanzamos a oír, me hizo decidirme

—¡Ahora o nunca! —le dije a Mario.

El inocente vigilante no tardó en acercarse a nosotros para echarse la platicada y estaba comentando sobre la dichosa fiesta que el candidato daría por la noche, cuando fingí un fuerte cólico. Con el pretexto de que tenía necesidad de ir al baño, le pedí a don Ramiro que me dejara entrar. Él lo pensó un momento, pero al verme tan mal, enseguida aceptó. Nos abrió la puerta de servicio que daba directamente a las cocheras y a la lavandería.

No había tiempo de amabilidades, Mario hizo lo que yo le había indicado:

—Lo sentimos, Ramirito, no tenemos nada contra usted, pero tendrá que estarse muy quietecito —le dijo amarrándolo muy bien y tapándole la boca.

Yo me introduje rápidamente al interior por la cocina y me sorprendí de ver el lujo de los salones principales. Pero no me detuve, subí directo por las escaleras y abrí de golpe todas las puertas. En una de ellas estaba la "princesita", ajena a todo y distraída con unos minúsculos audífonos. En ese momento me sentí protagonista de alguno de tantos programas de la televisión americana: sin importarme los gritos y los pataleos la levanté con brusquedad y me la llevé a la fuerza hasta la cocina. Allí agarré uno de los cuchillos de acero que colgaban cerca de la estufa.

—Saca las llaves del Mercedes y me vas a llevar a donde yo te diga, ¿entendiste? —la amenacé.

Me gritó que no sabía conducir, que no sabía el código de la alarma y otras tantas mentiras, pero yo ya la había visto salir en ese carro supervisada por sus hermanos.

—¿Crees que me puedes engañar, tontita? —y le acerqué el cuchillo al borde de las costillas.

Temblando marcó los números de la puerta y, al abrirse, la empujé hacia adentro. Sacó el carro con mucha torpeza de la cochera y seguimos las curvas de la calle para tomar el descenso rumbo a las avenidas. Me deshice del cuchillo en un terreno baldío porque nunca pensé usarlo y en cuanto llegamos a la recta de la avenida ancha, la obligué a acelerar más y más. Ella sin dejar de chillar pisó hasta el fondo el acelerador y yo la seguía presionando; cuando el carrito de sueño alcanzó una velocidad endemoniada, supe que había llegado el momento. Cerca ya de la glorieta donde está la estatua de un hombre desnudo, hice a un lado a la muchachita que, después de todo, era mi hermana y, sin importarme nada ni nadie, torcí bruscamente el volante.

LA OPERACIÓN VENGANZA resultó un éxito: todos perdimos. Dos inmensas bolsas de aire impidieron una tragedia mayor. Mi media hermana y yo perdimos algunos dientes y tuvimos fracturas. Mi padre perdió todo: su Mercedes, su matrimonio y lo que más le pudo, el puesto en el Senado. *El Norte* se encargó de que el accidente se convirtiera en una historia más truculenta que las telenovelas. Durante semanas el escándalo sobre el hijo ilegítimo y homónimo al candidato fue alimento de periodistas, políticos y lectores. No quedó nada más que la vergüenza.

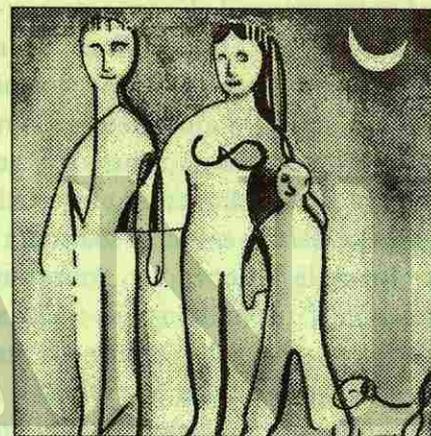
Después de haberlo visto tras el cristal del ataúd, sentí

mucha lástima por él. La impresión de lo sucedido le desencadenó una enfermedad de cuidado que en pocos años lo llevó a la muerte. Aunque en el fondo todos me consideran culpable, ninguno se atreve a decirme nada. Después de todo nadie duda que soy su hijo. Mi parecido físico con él es tan asombroso que cuando mi padre vio mi retrato en el periódico aquel verano, dicen que casi le da un infarto.

Mi madre ya ni llora, según ella se le secaron los ojos para siempre. No hay día que deje de repetir "Si hubiera pasado esto..." o "Si hubiera pasado lo otro..." Yo nada más le contesto por costumbre:

—¡Ya cálese mamá!, acuérdesese que el hubiera no existe...

## EN LO PRÓSPERO Y EN LO ADVERSO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

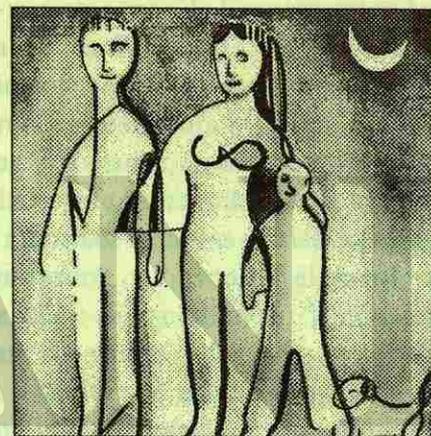
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mucha lástima por él. La impresión de lo sucedido le desencadenó una enfermedad de cuidado que en pocos años lo llevó a la muerte. Aunque en el fondo todos me consideran culpable, ninguno se atreve a decirme nada. Después de todo nadie duda que soy su hijo. Mi parecido físico con él es tan asombroso que cuando mi padre vio mi retrato en el periódico aquel verano, dicen que casi le da un infarto.

Mi madre ya ni llora, según ella se le secaron los ojos para siempre. No hay día que deje de repetir "Si hubiera pasado esto..." o "Si hubiera pasado lo otro..." Yo nada más le contesto por costumbre:

—¡Ya cálese mamá!, acuérdesese que el hubiera no existe...

## EN LO PRÓSPERO Y EN LO ADVERSO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SE TARDÓ EN BAJAR más de lo acostumbrado. El olor del café llegaba hasta la planta de arriba. El jugo estaba perfectamente colado y Ena (sí, Ena y no Ana) sólo esperaba oír sus pasos en la escalera para preparar el omelet en el sartén y bajar la palanca del tostador. Con bebé o sin bebé, ella siempre se las había arreglado para tener todo listo a la hora de las comidas. Como todas las mañanas, mientras su marido aparecía, ella repasaba el enorme organizador colocado en el pasillo principal, que le recordaba toda clase de pendientes: vencimientos de pagos y depósitos bancarios, vacunas de los niños, notas de tintorería, fechas de cumpleaños o la cita con el ginecólogo. Salvo el hecho de que nunca recordaba la fecha exacta de su última regla, Ena era una mujer extraordinariamente organizada y eficiente.

De ser la secretaria perfecta había pasado a ocupar el sitio de la digna esposa. Se habían "echado el ojo" desde el primer día. Él, apenas un jefecito de departamento; ella, una secretaria bilingüe recién egresada de la academia y con sólo dieciocho años. En poco tiempo ella sabía tanto o más que él sobre la inyectora de plásticos. De acuerdo con su prometido, preparó una extensa información sobre precios, materias primas, permisos e impuestos. A los dos años siete meses de haberse conocido, un 14 de febrero, brindaban

por la aprobación de un préstamo bancario que les permitía iniciar su propio negocio.

Aunque tuvieron que esperar tres años más para casarse, su boda fue muy lucida y comentada, porque no solamente formaban una linda pareja, sino que ambos —emprendedores e inteligentes— parecían estar hechos el uno para el otro.

Poco después de la espléndida luna de miel en Puerto Rico, los inconvenientes fueron deslizándose tan rápido uno tras otro como el hilo de una media. A partir de la cuarta semana de casados, el amado Eugenio despertaba asqueado por los aparatosos vómitos de Ena. Lo primero que veía al abrir los ojos era la imagen descompuesta de su trastornada esposa con los ojos llorosos, el pelo revuelto y la cara del color de las limas. Las frases ¡no puedo soportarlo!, ¡me siento mal!, ¡que ya acabe esto!, fueron pronunciadas decenas de veces. A los nueve meses un día de casados, como para récord Guinness, nace un pequeño bebé con complicaciones digestivas que no parará de llorar. “Píloro estrecho”, fue el diagnóstico; “Problema congénito, pero operable”, se leía en la hoja clínica.

Sumidos en su problema familiar, no se dieron cuenta a tiempo de que el panorama económico del país se tornaba peligroso y fueron sorprendidos por el famoso “error de diciembre”. La terrible devaluación triplicó su deuda y Eugenio tuvo que tomar decisiones solo, pues su inteligente Ena ocupaba todo su tiempo en atender al pequeño y organizar la casa.

Vender el mejor de los carros, renunciar a la acción del deportivo y traspasar un terreno en una zona exclusiva, fueron medidas obligadas que ella tuvo que apoyar; pero asociarse con un compadre, nunca lo consideró una buena idea. Cuando, a pesar del dispositivo intrauterino, Ena quedó de nuevo embarazada, puso

término a su corta carrera empresarial en PLÁSTICOS ENESA (las dos primeras letras de Ena y la E de Eugenio).

Entre vómitos y pañales, visitas a pediatras, homeópatas y naturistas, Ena se pasó los primeros años de matrimonio. Y aunque a Eugenio nunca le faltó un plato caliente en la mesa ni una camisa immaculada y lista, su esposa —siempre desvelada y exhausta— dejó los placeres nocturnos para mejores años.

—¿Por qué llegaste tan tarde anoche?

—Tuve mucho trabajo.

—¿Pero te llamé y no estabas en la oficina?

—No todos los negocios se hacen en la oficina y tú lo sabes perfectamente.

—Los niños se quedaron esperando hasta muy noche los rompecabezas que les prometiste.

—¡Uf! Se me olvidó, díles que hoy mismo se los compro.

Conversaciones inconclusas, almuerzos sin terminar, besos fríos, salidas apresuradas. Claros síntomas de que... mejor no pensar.

\*\*\*

CUANDO EL SEMÁFORO encendía el ámbar, Ena nunca se detenía y siempre salía bien librada del paso, pero también siempre hay una excepción y esta vez se cruzó en rojo. El ruidoso freno de un automóvil y el silbatazo del oficial, la obligaron a orillarse y parar.

El consabido discurso y ella, la cara de sorpresa y la risita nerviosa de la disculpa ante la reglamentaria petición de documentos:

—Por favor la tarjeta de circulación y la licencia.

—Mire, este carro es de mi esposo y supongo que trae todo en orden, permítame... ¿Sabe?, casi nunca lo uso porque es estándar y...

¿POR QUÉ EN UN MINUTO TUVO QUE ALTERARSE toda su rutina mental? —se preguntaba a sí misma— ¿Por qué esa tarde, mientras él dormía la siesta, tuvo que utilizar su carro? ¿Por qué se pasó la luz roja y, al ser detenida, se vio obligada a abrir la guantera y descubrió junto a la tarjeta de circulación, un par de boletos de avión. ¿Qué significaban esos dos pasajes redondos con ruta Monterrey-Huatulco y viceversa, a nombre de su marido y de otra mujer?

Pero, ¿cómo?, esa rubia Clairol. ¡No podía ser! Es demasiado vulgar. Sí, sí, sí, la misma de la que había bromeado con su marido acerca del monumental trasero a la Jennifer López... ¿Cómo era posible que Eugenio hubiera caído en las garras de una P... con mayúscula?

No cabía ningún error, en pocos días su marido tenía planeado un fin de semana nada menos que con esa “asistente” de dirección.

Casi obligó al oficial a llenar los datos de la infracción. Se estacionó más adelante a revisar los boletos y tratar de asimilar lo que era evidente. Había estado demasiado ocupada con los niños como para siquiera sospechar que Eugenio pudiera tener una aventura. ¿Acaso los frecuentes “congresos internacionales de

negocios” habían terminado por ser sólo una mentira? Acaso... acaso... acaso.

En unos cuantos minutos repasó su historia de amor y su vida en común. Vislumbró el divorcio, la amargura y la soledad... Con calma acomodó el espejo retrovisor con dirección a su cara y observó sus ojos en él. ¡Cuántas veces un apasionado Eugenio los había llamado *brujos*! Ahora las lágrimas intentaban desbordar la barrera de las pestañas y, como su vida, todo se volvía borroso e indefinible.

De pronto arrancó un kleenex, apretó los ojos y los limpió cuidadosamente. Repitió dos veces la jaculatoria a la que tanta fe le tenía: “Espíritu Santo, fuente de luz, ¡ilumíname!” y se puso en marcha.

CUANDO SE ESTACIONÓ frente a la casa lo vio allí, afuera, visiblemente angustiado:

—¡Ya sabes que no me gusta que uses mi...

Y ella, con una sonrisa de oreja a oreja, interrumpiéndolo:

—¿Qué? ¿Estás molesto porque descubri el regalo que vas a darme?

Y entonces él, sorprendido:

—¿Cómo dices?

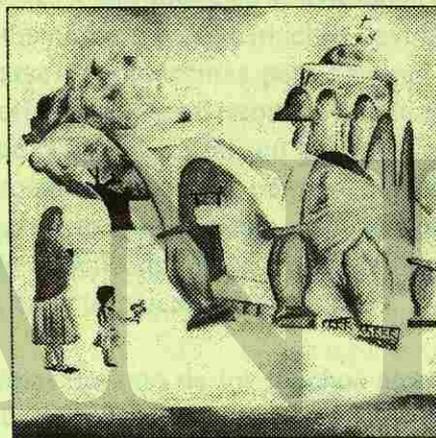
—Sí. —le contesta entusiasmada Ena— el viaje a Huatulco

que tienes planeado para festejar nuestros primeros siete años de casados. ¡Perdóname, mi amor! —continuó—. Vi los boletos por casualidad; pero no importa, realmente ha sido una sorpresota. Además era necesario que me lo dijeras ya —abrazándolo—, pues tengo que conseguir quien se quede esos días con los niños. ¡Será una maravillosa segunda luna de miel! ¿Verdad, cariño?

Mientras que a Eugenio le rebotaban todavía en los oídos los latidos de su acelerado corazón y atinaba a contestar: —¡Claro! Sí, ¡claro!; Ena acababa de sumar, a la lista de sus muchos talentos, uno más. De haber sido ésa la escena principal de una película de Hollywood, su actuación le habría arrebatado el Oscar a Meryl Streep.

## GOLONDRINAS

a Paco



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

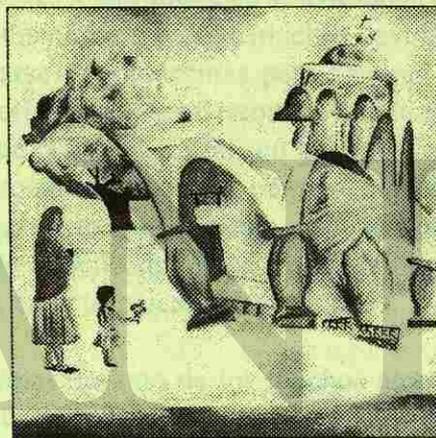
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que tienes planeado para festejar nuestros primeros siete años de casados. ¡Perdóname, mi amor! —continuó—. Vi los boletos por casualidad; pero no importa, realmente ha sido una sorpresota. Además era necesario que me lo dijeras ya —abrazándolo—, pues tengo que conseguir quien se quede esos días con los niños. ¡Será una maravillosa segunda luna de miel! ¿Verdad, cariño?

Mientras que a Eugenio le rebotaban todavía en los oídos los latidos de su acelerado corazón y atinaba a contestar: —¡Claro! Sí, ¡claro!; Ena acababa de sumar, a la lista de sus muchos talentos, uno más. De haber sido ésa la escena principal de una película de Hollywood, su actuación le habría arrebatado el Oscar a Meryl Streep.

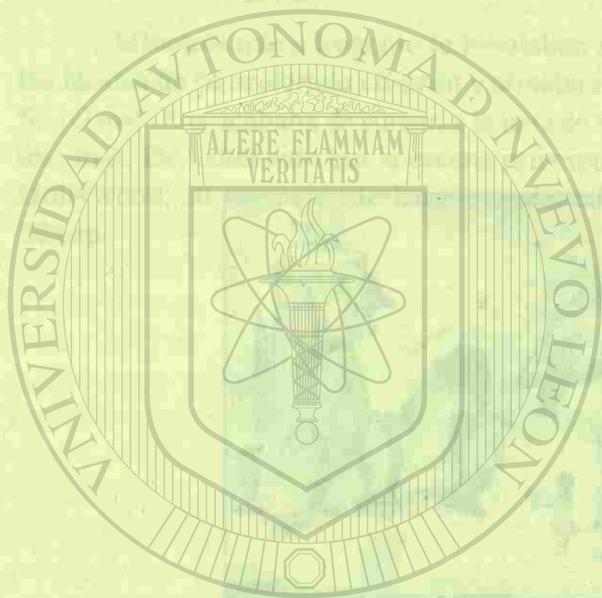
## GOLONDRINAS

a Paco



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LAS PEREGRINACIONES A SAN JUAN que atraviesan la ciudad de Lagos de Moreno han disminuido porque muchos devotos marianos han preferido desviarse a Golondrinas para venerar a la Virgen del Fresno. La mayoría de la gente desconoce la historia de esta virgen milagrosa porque la Iglesia de Jalisco guarda sus reservas acerca de los hechos y tendrá sus razones; pero yo, que de alguna manera estuve enterada de lo que sucedía, me he convencido de la trascendencia de aquello que hace treinta años parecía ser sólo una aventura de características sobrenaturales.

Golondrinas era uno de los muchos atractivos de Lagos. Significaba parte de la fascinación de ese lugar tan alejado de la modernidad práctica y la influencia gringa que caracterizan a la vida regiomontana. Cada verano podíamos dejar atrás la moderna casa de fraccionamiento, cercana a una de las fábricas más importantes del norte de la ciudad, para penetrar en el mundo de los pueblos jaliscienses donde, hasta nuestros días, abundan las mujeres de rebozo y los hombres con sombrero de palma.

Visitar durante las vacaciones a los abuelitos y a la tía más maravillosa del mundo, se convirtió en una anhelada costumbre. La emoción empezaba desde que vislumbrábamos a lo lejos las

altísimas torres de la parroquia, atravesábamos el hermoso puente con la absurda leyenda, y entrábamos por la calle Padre Torres. Al abrir aquellas enormes puertas de madera se presentaba ante nuestros ojos un trozo del paraíso que cobijaría nuestra infancia y juventud con sueños, aventuras y cariño entrañable.

Para nosotros todo era asombroso: madrugar para ver ordeñar una vaca, recoger los huevos en los gallineros, vender alfalfa, correr entre los árboles de ciruelos y peras para llevar los desperdicios a los cerdos, y ser perseguidos por los perros. Por las tardes, disfrutábamos desgranar mazorcas, bordar secadores y delantales, o bien leer la colección de historietas más variada que puedan imaginarse: *Vidas Ilustres*, *Joyas de la Mitología*, *Mujeres Célebres*, *Archie*; las tenebrosas *Tradiciones y Leyendas* o bien las simpáticas aventuras de *Memín Pinguín*. Por las noches, los grandes nos contaban historias de aparecidos o de tesoros, para que termináramos siempre con miedo en esa casona inmensa, escuchando los ladridos y aullidos de los perros y viendo sombras y figuras extrañas que nos obligaban, muchas veces, a refugiarnos en la cama de mi tía.

Cuando empezamos la adolescencia, los pleitos entre primos y primas se hicieron más frecuentes, de manera que los hombres se fueron separando de nosotras. Nos excluían de todos sus planes, volviéndose muy herméticos. En su famoso y prohibido club dízque subterráneo, construido a la sombra de unos nogales, descubrimos que fumaban, veían revistas para adultos y elaboraban el diseño de unas alas que según ellos —¡pobres ilusos!— los harían volar. Todo esto no pasaba de ser un juego de jóvenes inquietos y de espíritu aventurero.

Pero de un año a otro las cosas cambiaron. Todos los muchachos, dirigidos por tío Memo, empezaron a hacer expediciones nocturnas en una camioneta abierta, acompañados

de dos trabajadores que llevaban picos y palas. Por las características de sus salidas todas pensamos que se trataba de la búsqueda de algún tesoro. Buscar tesoros en Lagos es una actividad que tiene muchos adeptos. Según cuentan, no pocas personas se han encontrado tesoros enterrados en sus propias casas y, por lo tanto, tener algún conocido que se vuelve rico de la noche a la mañana ha ocasionado que mucha gente de los pueblos de Jalisco viva obsesionada, por generaciones, con la idea de encontrarse una olla repleta de monedas de oro. Las historias de tesoros se vinculan casi siempre con aparecidos o almas en pena y eso, para quienes somos escépticos, las convierten en cuentos a los que sólo dan crédito los niños. Sin embargo, las salidas por las noches a Golondrinas se fueron rodeando cada verano de un mayor misterio.

Mis primas sabían poca cosa. Golondrinas era una mina abandonada cuya veta de estaño se había agotado desde la época de Ávila Camacho. Tanto Librado, el primo mayor, como el tío Guillermo, se cansaban de repetirnos que a las minas no entraban mujeres. Sus explicaciones tenían que ver con que la palabra mina es femenina, con algo de los celos y con la mala suerte; el caso era que esas supersticiones nos prohibían acercarnos a ese lugar, situado apenas a unos veinte kilómetros de la pequeña ciudad. A pesar del secreto en que se mantenían, después de un tiempo nos fuimos enterando de ciertos detalles a fuerza de escuchar tras las puertas, al regreso de sus excursiones: Golondrinas tenía que ver con aparecidos o, más exactamente, con las ánimas. Cuando empezó a acompañarlos un sacerdote, el asunto tomó otro cariz y las mujeres decidimos averiguar qué pasaba en esa mina.

Dos veces intentamos llegar a Golondrinas y las dos veces fracasamos. La primera vez la comisión estuvo a cargo de las primas mayores. Carmen, quien sería la conductora, era la prima de más edad y estaba a punto de irse al convento; ella manifestó en esa ocasión, con mucha solemnidad, que llevaría agua bendita y un

crucifijo pues temía se tratara de algo demoníaco. El camino que había que seguir hacia Golondrinas salía del Pueblo de Moya rumbo a la hacienda de una tía lejana, quien años después fue asesinada por su capataz. A dos kilómetros de La Esperanza, la futura monjita tomó la vereda que salía del camino de terracería y, de acuerdo con las señales que habían averiguado con anterioridad, subieron un pequeño promontorio que, por fin, les dejó ver lo que parecía ser la mina. Ya muy cerca de la entrada y casi de inmediato, sucedió algo extraño. Empezaron a caer piedras. Primero, una después de otra; luego, cuando todas se preguntaban qué pasaba, sobre el parabrisas del carro golpearon tantas piedras que —según nos contaron— parecía tratarse de una tormenta de granizo. Se llenaron de pánico al constatar que las piedras no venían del cielo, sino de la entrada de la mina, pero no se veía quién o quiénes las lanzaban de esa manera; Carmen sólo atinó a dar reversa para huir tan pronto como pudo.

Después de lo sucedido y ya más tranquilas en la huerta, trataron de buscar explicaciones lógicas al evento; la respuesta más comprensible fue suponer que la mina era un refugio de malvivientes. Las primas menores, intrigadísimas por lo sucedido, planeamos una semana después y sin decir a nadie, nuestra propia búsqueda. Una tarde, cuando todos dormían la siesta, mis primas gemelas, mi hermana de quince años y yo, “secuestramos” al abuelito para que nos señalara el camino, y nos subimos al Volkswagen amarillo, el único carro que podíamos usar.

El abuelito, refunfuñando, nos iba diciendo cómo tomar el camino rumbo a la mina. Cuando por fin giramos hacia la vereda que nos llevaba a la subida que anunciaría la entrada, el carro se fue frenando y el volante empezó a ponerse rígido. Mi abuelo, de pocas palabras, se bajó del Volkswagen y después de revisarlo se acercó a la ventanilla y nos dijo bastante serio: —¡Ya nos jodimos!

Sin ninguna ayuda y a punto de ocultarse el sol, nos encontrábamos en aquel terreno desierto y espinoso. El recuerdo de la llanta pinchada y del esfuerzo que tuvimos que hacer por ignorar que el segundo asiento del carrito guardaba el gato hidráulico, todavía nos da risa; mientras el abuelo metía ramas debajo del carro nosotras teníamos prácticamente que levantarlo en vilo. La noche nos calló encima cambiando la rueda y escuchando palabrotas que el abuelo nunca antes había pronunciado frente a sus nietas. El pobre, que se caracterizaba por su buen humor, aquél día estaba furioso contra nosotras; en su vida había cambiado un neumático. Una vez arreglado el desperfecto, de lo único que nos acordamos fue de regresar. La mina volvió a quedarse atrás.

¿Habrán sido coincidencias las dos fallidas veces que quisimos averiguar el secreto de Golondrinas? ¿Existía alguna fuerza extraña que por desconocida razón impedía a las mujeres acercarse a la mina? Esas y otras preguntas nos hicimos repetidas veces y llegamos a creer en parte las supersticiones de las que se hablaba. Por mucho tiempo nos olvidamos del asunto.

Fue, si no me equivoco, hasta 1982 —porque para entonces ya había nacido mi primera hija— cuando supimos que mis primos y el tío Guillermo habían ido a San Luis Potosí a una radiodifusora para, por medio de un aparato especial, transferir a decibeles del parámetro de audición humana, una grabación hecha en Golondrinas. Lo que voy a contar enseguida va a parecer increíble, pero si quienes me conocen y consideran que soy una persona sensata me toman en serio, créanlo: la grabación fue un recurso que utilizaron porque se necesitaba una prueba factible de lo que estaba sucediendo. ¿Cómo era posible creer que un grupo de almas que sufrían en el purgatorio pedían a gritos que se orara por ellas para salir de su tormento?

El aventurero tío Guillermo supo de esa mina en el momento en que tanto él como sus hermanos acababan de perder la hipoteca del único patrimonio que les quedaba: una casona que ocupaba media manzana por la calle Madero. Con todo el corazón deseaba encontrar en esa mina, abandonada por sus parientes, una nueva veta que los sacara de apuros. ¡Qué bueno era para convencer y dirigir a la gente! Todos se soñaban millonarios cuando el fornido tío de atractiva voz y lenguaje cultivado, les hablaba con entusiasmo de las toneladas de estaño que les venderían a los suizos. Lo que nunca pensaron es que, lejos de encontrar estaño, el grupo de soñadores iniciarían un proceso que les llevaría más de veinte años resolver.

Desde el primer día de trabajo en Golondrinas sucederían fenómenos extraños e inexplicables: piedras que salían disparadas, llamaradas que se encendían y se apagaban súbitamente, ráfagas de viento que enchinaban la piel de cualquiera; en fin, una serie de acontecimientos que llevaron a mi primo mayor a ponerse a rezar e invocar de qué o de quién se trataba. Dispuestos un sábado a picar las paredes del túnel, uno de los peones cayó al suelo víctima de una especie de ataque. Librado, que era estudiante de medicina, de inmediato le tomó el pulso y comprobó que se encontraba muy mal; sus ojos estaban abiertos pero su mirada no parecía fijarse en ningún lado. Cinco minutos, que parecieron eternos, tardó en recuperarse el hombre a quien apodaban el Mono.

Después de incorporarse, el Mono los miró a todos detenidamente y empezó a hablar. Lo que dijo los dejó perplejos: el alma de un tal don José suplicaba ayuda para salvarse, con su grupo, de la oscuridad en la que se encontraban. ¿Cómo que un alma?, se preguntaban todos. ¿Acaso era posible creer lo que decía un peón ignorante? Aunque algunos desconfiaban de la cordura del hombre, mi primo lo tomó muy en serio. La última frase que repitió el Mono ese primer día fue lo que más impresionó al futuro

médico: “Rezad por nosotros hasta el cansancio; pues sólo vosotros, si queréis, podréis salvarnos.” ¿Por qué un hombre que no había estudiado ni la primaria hablaba de tal manera? ¿De dónde –se preguntaba mi primo– podía haber imitado esas formas del castellano?

Esa noche en su dormitorio, Librado, un joven piadoso y muy cercano a la doctrina católica, hizo reflexiones profundas sobre el mensaje traducido por el Mono. Lo que le movió principalmente a iniciar el proceso y convencer a sus compañeros, fueron algunos detalles que le parecieron muy peculiares: Las ánimas habían elegido como intermediario al más pobre, al más ignorante, incluso, el menos agraciado físicamente; en resumidas cuentas, al de menor valía ante los ojos humanos; eso para él era una señal. Esta situación le recordaba aquella parte del evangelio que relata el nacimiento de Jesús y destaca a los pastores como los escogidos por Dios para que el ángel les anunciara tan importante acontecimiento. Otro aspecto que a mi primo también le parecía revelador, era el hecho de que el alma de don José mencionara la oración como el único medio para poder salvarlos. De esta manera, el estudiante con mentalidad científica pero de convicciones religiosas firmes, se planteó el hecho de convertirse en el líder de esa aventura espiritual, metafísica o sobrenatural. No había vuelta de hoja, quienes aceptaran seguirlo, dejándose guiar por los mensajes transmitidos por el Mono, lo harían sólo por la fe: –Crear o no creer es una opción libre que nace de un convencimiento personal, íntimo e incomprensible para muchos –les dijo a todos dos días después y les pidió sinceridad absoluta en su decisión de seguir adelante.

Sólo algunos, a quienes tiempo después se les unió el padre Rendón, decidieron continuar con Librado las visitas a Golondrinas. No fue fácil para ellos permanecer fieles a un proceso que parecía ser cosa de lunáticos. Sin embargo, las experiencias insólitas de las que fueron testigos, los animaron a continuar sin

importarles los peros, las burlas y la indiferencia de familiares y amigos.

\*\*\*

A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX la Nueva España contaba con una población considerable de criollos establecidos en el centro del virreinato. Sólo cinco de cada cien pertenecían a la élite; el resto, a pesar de tener preparación, carecía de hacienda. Eso, por consecuencia, les impedía aspirar a algún puesto digno. El desprecio del que eran objeto por parte de los españoles peninsulares, poco a poco fue acentuando en ellos la conciencia de una identidad propia. No pasó mucho tiempo para que se volvieran españoles reticentes que no sólo hacían gala de su adhesión americana y orgullo patrio, sino que promovían y declaraban vigorosamente a Santa María de Guadalupe como patrona de quienes luchaban por una nueva nación. Grupos como el que encauzaba don José Valderrama de Quesada, habían asimilado las ideas de igualdad y libertad que se infiltraban desde Europa, y se entusiasmaban cada vez más al recibir noticias de la independencia de las colonias inglesas. Muchos como ellos formarían parte de la lucha separatista.

Don José, con grandes cualidades de líder, había convencido a sus parientes y vecinos, todos criollos, a unir fuerzas y defender la causa de independencia. Al enterarse de que el grupo de Jalisco planeaba un enfrentamiento, reunió a sus seguidores para sumarse a ellos. En los Altos, quienes capitaneaban el movimiento eran el mestizo Pedro Moreno y el joven Javier Mina, un liberal recomendado por Teresa de Mier. Una vez en contacto con ellos, se dispusieron a preparar el plan de ataque para unirles más adelante en el camino a Zacatecas.

En una especie de gruta perdida entre las lomas, donde por ciertas evidencias se habían dejado iniciados algunos

trabajos para extraer yacimientos minerales, los recién organizados criollos prepararon el refugio en el que se ocultarían durante algunas semanas. A unos días de instalarse, la cueva, plagada de nidos de golondrinas y que años más tarde se convertiría formalmente en una mina, destacaba en su interior un llamativo altar. La Virgen de Guadalupe, representada en una figura de yeso, se encontraba en el centro de una tosca mesa rodeada de veladoras y rosas frescas. Alejándose del original, como un detalle libre del artesano, el rostro de la doncella morena mostraba una acentuada sonrisa. A un lado del altar, adornaba la pared una estampa en papel con una imagen impresa y diferente también, de la Guadalupana: sobre su cabeza dos ángeles colocan una lujosa corona y en cada esquina, dentro de unos óvalos, se representan las cuatro apariciones a Juan Diego. La imagen lleva en la parte inferior con letras grandes y en castellano, el título de Nuestra Señora de Guadalupe y más abajo en cuatro idiomas la frase "María concebida sin pecado". Todas las noches, frente al altar, aquellos hombres dispuestos a todo por sus ideales libertarios, se colocaban de rodillas, inclinaban su cabeza, unían las palmas de sus manos en señal de devoción y rezaban el rosario unidos a coro. Le pedían con fervor a su madre celestial los protegiera de los peligros que corrían en esa lucha, y después, ya tranquilos, se disponían a dormir.

Alejados de pueblos y haciendas, este grupo de rebeldes organizaba su tiempo dedicando horas al entrenamiento físico, al cuidado de los caballos, al descanso y a la devoción. Era verano y la torcacita arrullaba con su acompasado canto la soledad de ese puñado de hombres que habían abandonado mujeres, hijos y hasta niños de pecho cuyos rostros no volverían a acariciar. Pero, cómo ignorar el contraste social entre los pocos que mucho tenían y los muchos que de todo carecían; cómo seguir permitiendo que España exprimiera hasta lo último una tierra cuyos habitantes podían bastarse a sí mismos.

Cada vez que alguno de esos improvisados soldados se entristecía por el recuerdo de su familia y el miedo a la muerte, los demás lo animaban entonando los versos de un poeta anónimo:

*Abre los ojos pueblo americano  
y aprovecha ocasión tan oportuna.  
Amados compatriotas, en la mano  
las libertades ha dispuesto la fortuna;  
si ahora no sacudís el yugo hispano  
miserables seréis, sin duda alguna.*

A tres semanas de permanecer en la espera de alguna señal, el jefe del grupo vio llegar a dos de sus enviados; el tercero se había quedado enfermo en una ranchería. Sin darle mayor importancia al asunto, don José reunió al grupo para escuchar los pormenores de los que dependería el éxito de la ya muy próxima hazaña. De la misma manera que un capitán da encomiendas a sus soldados, señaló jerarquías y describió cuidadosamente las señales del camino que habrían de seguir dos días después. Esa tarde rezaron el rosario, cantaron a la Virgen y, después de comer algo, se acostaron. Sólo los dos hombres a quienes les tocaba permanecer en vigilia salieron del refugio y se recargaron en el tronco del único árbol frondoso cercano a la boca de la mina. La noche era fresca, un vientecillo hacía balancear las hojas del fresno cuya sombra los protegía, durante los descansos, del vigoroso sol del mediodía.

Era ya la madrugada. Los caballos empezaron a inquietarse y los perros a ladrar. Unas luces se distinguían entre la maleza y claramente se escuchó el movimiento de jinetes. Uno de los veladores corrió hacia ellos, pero los inesperados visitantes no le dieron tiempo de preguntar nada; empezaron a disparar a diestra y siniestra.

En menos de una hora, la cueva quedó convertida en el escenario de una macabra escena. La oscuridad disimuló el horror de la matanza y los soldados del ejército realista, agotados pero satisfechos por el resultado del certero ataque, planeado gracias a la traición de un insurgente, se emborracharon y disfrutaron de su victoria hasta quedarse dormidos.

El primer soldado que abrió los ojos en la mañana, se levantó para constatar a la luz del día lo acontecido. El asalto sorpresivo no les permitió a los insurgentes darse cuenta cabal de lo que había pasado. Para quienes tuvieron mejor suerte, la muerte les sobrevino entre sueños; los demás, unos cuantos, todavía agonizaban y de su garganta salían quejidos roncos y desgarrados. El hombre recorrió con el rifle cada uno de los cuerpos esparcidos en el interior de la cueva y, sin pensarlo dos veces, tuvo valor de darles el tiro de gracia a los pocos que aún se movían. El resto de los soldados se despertaron asustados al oír los disparos y como reacción automática se pusieron en guardia. El autor de los tiros hizo una expresión de burla ante la escena tragicómica y, en tono de mando, ordenó se prepararan a sepultar a los traidores de la Corona.

Dentro de la misma cueva, aprovechando un desnivel, excavaron hasta convertirlo en una fosa común lo suficientemente profunda como para que cupieran las dos docenas de hombres muertos. Las golondrinas nerviosas entraban y salían del lugar como si trataran de explicarse lo que había sucedido; sólo uno de los nidos había caído durante los disparos y permanecía cerca de los cadáveres, hasta que un soldado, al descubrirlo, lo aventó de una patada hacia el fondo donde yacían los cuerpos a punto de ser sepultados.

Mientras algunos de los hombres habían ido a buscar una charca donde lavarse, varios soldados se preguntaban qué hacer

con la imagen de la Virgen indígena que se hallaba en un rincón, junto a un montón de rosas marchitas. La lluvia de balas debería haberla convertido en añicos como al resto de todo lo que se encontraba allí y, sin embargo, estaba intacta. Los españoles se veían unos a otros sin explicarse lo que consideraban un hecho asombroso, cuando entró quien los comandaba. Al ver que todos observaban la imagen sin saber qué hacer, se exasperó y les gritó: —¡No tenemos por qué respetar creencias de indios! Luego arrancó de la pared la estampa que ninguno de los otros había descubierto; se agachó, tomó la virgen de yeso junto con las flores y, entonces, salió. A punto de arrojar el cargamento lo más lejos posible, se detuvo y, respondiendo a una inexplicable reacción, se acercó al fresno. Descubrió un hueco entre una enorme raíz, acomodó los objetos como pudo en el estrecho espacio y le ordenó a uno de sus hombres que los cubriera de piedras y tierra.

\*\*\*

LA VIRGEN DEL FRESNO cuenta ahora con su propia capilla, construida sobre las ruinas de la mina. A la sombra del enorme y viejo fresno descansan, después de visitarla, muchos peregrinos que vienen de todos lados para solicitarle favores. La fe que los mueve es tan grande que se ha tenido que construir, aparte, un lugar especial donde los cientos de agradecidos fieles, de acuerdo a la costumbre, dejan constancia del hecho extraordinario que Dios les concedió a través de la Virgen morena: un dibujo, un símbolo o un regalo.

El hallazgo de la imagen de bulto que se lleva en procesión durante los nueve días previos al 12 de diciembre, se hizo gracias a los mensajes que el Mono recibió. Él era el único que escuchaba voces interiores; don José, en representación del grupo de almas, les pedía y explicaba, a través de ese rudo albañil, la manera de ayudarlos. Tanto mi primo como los demás necesitaban pruebas que de algún modo pudieran demostrar la

veracidad de los mensajes que el Mono comunicaba. No tardaron mucho en conseguir la primera y más valiosa. Una noche, el peón pidió en voz alta a don José algunas señales que sirvieran para convencer a sus incrédulos acompañantes. El hombre, al cabo de un rato, comenzó a dar órdenes; pidió que escarbaran con cuidado entre las raíces del fresno más cercano a la mina. El grupo se dirigió hacia un viejo árbol, que estaba a unos cinco metros de la entrada, y empezó a escarbar a su alrededor; después de picar la tierra húmeda con un azadón y continuar con las manos, Librado descubrió un hueco y les llamó a los demás: la imagen de la Virgen sonriente estaba allí.

La segunda señal fue una rosa fresca salpicada de rocío. Sucedió meses después y afortunadamente de esto hay constancia fotográfica. Después del primer hallazgo, jamás se les olvidó llevar consigo una cámara. Librado tiene ampliaciones enormes de los distintos momentos en que, por otro de los mensajes recibido por el Mono, se les indicó de nuevo escarbar entre otra de las raíces del fresno. Sorprendidos descubrieron una especie de panal de lodo que, al ser abierto, guardaba una rosa como si la acabaran de cortar del arbusto.

Cuánto tiempo tuvo que pasar y cuánto tuvieron que cambiar sus vidas estos hombres para merecer las distintas revelaciones. Primero debieron renunciar a la ambición y a los vicios; después, encaminar su vida hacia el bien y practicar la oración. Todo esto eran condiciones que debían cumplirse para que pudiera continuar el proceso; si alguno de ellos fallaba, el Mono dejaba de recibir mensajes y las noches en Golondrinas resultaban infructuosas. Las demás señales rescatadas bajo el fresno, como la estampa colonial de la Guadalupana y otra rosa fresca, así como también el descubrimiento del manantial, fueron revelados años después, cuando los involucrados habían alcanzado grandes méritos.

He visto la imagen de la Virgen, las fotografías de las rosas y tengo una copia a color de la estampa, pero lo que me parece asombroso es la grabación que mi primo Librado nos dio a escuchar hace años. Según nos explicó, cada vez que el Mono recibía un mensaje, todos escuchaban en el interior de la mina un sonido extraño, algo parecido a un cucú que se prolongaba. Mi primo, ávido de pruebas, había hecho intentos en varias ocasiones, por grabar; pero la cinta del aparato se negaba a avanzar aún cuando el mecanismo se encontraba listo; la única explicación que podía darse era que no era voluntad de las almas que sus mensajes fueran consignados. Una noche, sin embargo, con una moderna grabadora en mano, vino a su mente la idea de que el Mono solicitara permiso a don José para grabar su mensaje; le pidió que le explicara la necesidad de que interviniera un sacerdote en ese proceso de salvación y la imposibilidad de obtener su ayuda careciendo de pruebas tangibles. El Mono hizo lo que le pidió mi primo y, después de esperar pacientemente el momento en que el sonido extraño indicara el contacto con el alma de don José, hizo la petición tal como se lo había dicho el joven doctor. Para el asombro de todos, el hombre, después de haber estado en el trance que implicaba su comunicación, respondió que sí se autorizaba la grabación.

Muy pocos tuvimos acceso a esa cinta. Aún ahora se me eriza la piel al recordar aquella voz grave y deformada, como de ultratumba, repitiendo los veinte nombres completos de las veinte almas ávidas de salvación. No cabía duda, la voz pertenecía a un hombre de otra época; su manera ceremoniosa de hablar un español plagado de arcaísmos; la pronunciación de las "c" y las "z" interdental al modo peninsular, y los datos precisos que mencionamos convencieron de que esa cinta, que había tenido que ser adaptada por aparatos especiales para ser escuchada, era auténtica.

Sólo cinco de los insurgentes asesinados habían merecido la salvación a la hora de morir; los demás habían cometido faltas

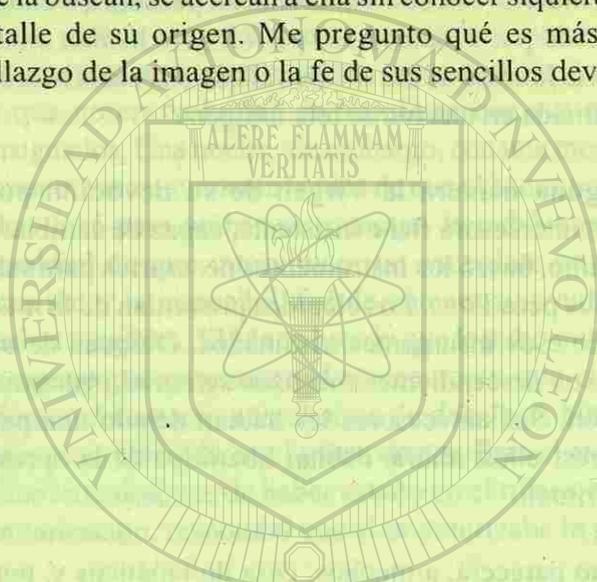
graves que debían purgar en esa eternidad donde el tiempo y el espacio son inimaginables. Pero, ¿cuántas veces esos hombres mentirosos, ladrones, soberbios y hasta asesinos, habían repetido con respeto y devoción, las avesmarías de los muchos rosarios que habían rezado en vida? ¿Cuántas veces le habían suplicado a la Señora del Cielo "Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte"? Pese a su naturaleza pecadora e indigna, ¿no habían luchado por defender a su patria? ¿No habían muerto, acaso, buscando la libertad de ese México al que ella había heredado su imagen, plasmada en una burda tela indígena?

De ninguna manera la Virgen de su devoción podía ignorarlos. Ella, intercesora fiel e insistente, capaz de cambiar los planes del Altísimo, buscó los instrumentos necesarios para salvar a sus arrepentidos pecadores. Los elegidos provenían de la misma sangre criolla de esos insurgentes asesinados. Después de siete generaciones, esos descendientes mestizos serían el instrumento para su salvación. Sus antecesores les habían dejado una patria libre de opresores; ellos, ahora, debían liberarlos de la opresión del castigo espiritual.

Todo esto parecerá, a muchos, cosa de fanáticos y, por lo que sé, ni mi primo ni el Mono ni ningún otro involucrado hablan ya del asunto desde que el proceso felizmente terminó. El arzobispo de Guadalajara ha recomendado absoluta discreción respecto a la historia de la Virgen del Fresno. El grupo, por su parte, se ha convertido en una especie de monjes sin hábitos, celadores y promotores de su devoción.

Con la ayuda monetaria de muchos rancheros y peregrinos, desde hace algunos años se inició la construcción de un gran templo acorde a las necesidades de los visitantes. La fe puede palparse en la cara de todos los hombres y mujeres aquejados de sufrimientos y necesidades, que viajan hasta allá desde lugares muy alejados.

Hace tiempo que no voy a Lagos y no sé si el templo esté terminado; pero los hechos de Golondrinas están en mi memoria como una de las historias más extraordinarias que he podido constatar. Al abrir el cajón de mi buró veo a menudo la fotografía de la Virgen del Fresno que mi primo me regaló la última vez que lo vi; al observarla me maravilla saber que todas las multitudes que la buscan, se acercan a ella sin conocer siquiera el más mínimo detalle de su origen. Me pregunto qué es más asombroso, el hallazgo de la imagen o la fe de sus sencillos devotos.



## LA V DE LA VICTORIA

*a Laura y Rodrigo*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

viño

Cerda

ntes  
16

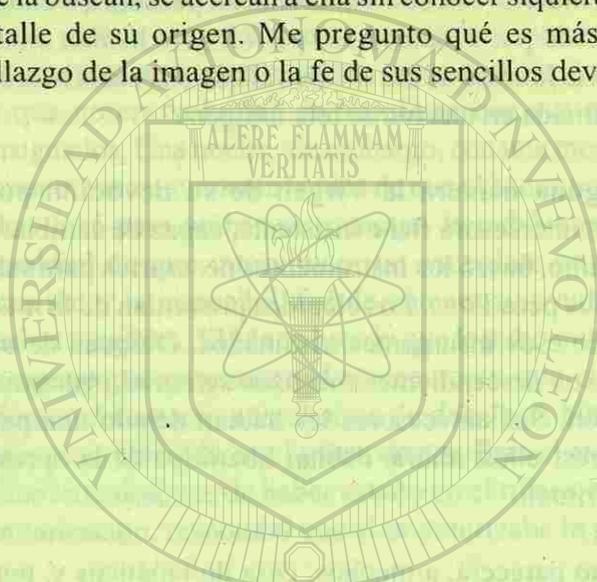
z

za

ño

Campo

Hace tiempo que no voy a Lagos y no sé si el templo esté terminado; pero los hechos de Golondrinas están en mi memoria como una de las historias más extraordinarias que he podido constatar. Al abrir el cajón de mi buró veo a menudo la fotografía de la Virgen del Fresno que mi primo me regaló la última vez que lo vi; al observarla me maravilla saber que todas las multitudes que la buscan, se acercan a ella sin conocer siquiera el más mínimo detalle de su origen. Me pregunto qué es más asombroso, el hallazgo de la imagen o la fe de sus sencillos devotos.



## LA V DE LA VICTORIA

*a Laura y Rodrigo*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

viño

Cerda

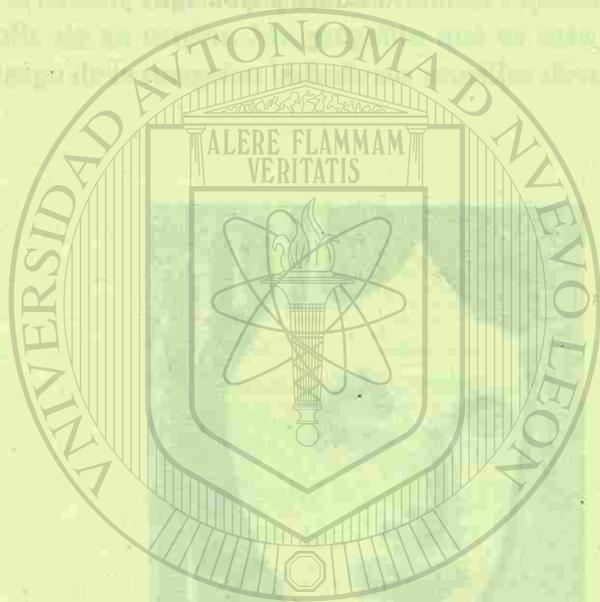
ntes  
16

z

za

ño

Campo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

**O** DIABA LA JÍCAMA. Parecía exagerado que esa raíz fresca y húmeda pudiera, con sólo verla, provocarle náuseas. Después de pensarlo unos minutos para darse valor, se acercó al vendedor de frutas y le pidió una rebanada grande; la cubrió de jugo de limón y le espolvoreó generosamente chile seco. La primera mordida fue difícil, retuvo el pedazo dentro de la boca sin masticarlo, se resistía a impregnar la lengua y el paladar de su sabor y su composición jugosa. Se sentó en una banca del parque e hizo esfuerzos por seguir comiendo. Las lágrimas empezaron a brotar por las comisuras de los ojos, sin poder controlar el impulso de llorar. Su vista borrosa no impidió distinguir a unos cuantos metros la figura de su esposo empujando suavemente las espaldas de sus niños, aferrados al columpio.

Jamás pensó sentirse tan felizmente realizada: un marido joven, atractivo, inteligente y cariñoso; unos hijos saludables y hermosos. ¿Qué más podía pedirle a la vida si lo que le rodeaba parecía estar a su favor? Al terminar de pasar un pedazo de la jícama, sacó de su bolsa un espejo y con un kleenex se limpió el maquillaje corrido. El espejo de la polvera reflejaba parcialmente su rostro; las cicatrices en las sienes y en la nariz eran tan leves que se necesitaba fijar mucho la vista para notarlas. Con la esponja del polvo recorrió sus pómulos, su nariz, su frente y su mentón;

cada una de las partes de esa cara que hacía veinte años se había hecho pedazos.

\*\*\*

LA LLEGADA DE LA ESCUELA y de golpe el bullicio y el tiradero de mochilas y suéteres; la fila para lavarse las manos y los pequeños pleitos por el lugar que ocuparían en la mesa. La mamá tratando de poner orden y de rescatar los pasteles recién decorados que algunos dedos amenazaban con estropear: -Esperen a que llegue su papá para cantarle las mañanitas y felicitarlo -les dice poniéndolos fuera del alcance. La cocinera regañona, por su parte, entra a la defensiva al ver al montón de chiquillos invadir su territorio para levantar las tapas de las ollas y husmear el menú del día: -¡Sálganse de aquí! ¡Dejen eso! Todavía no termino el refresco -gritaba inútilmente, exprimiendo los innumerables limones que eran necesarios para preparar dos enormes jarras de agua fresca.

-¿Y Cecy? -preguntó la ocupadísima mamá.

-No vino con nosotros -contestó una de las niñas.

-Seguro que se quedó en el parque comprando fruta y trepando como changa en los juegos -contestó la hermana mayor que estudiaba la preparatoria.

-Bueno, esa niña no entiende de razones -refunfuñó la madre.

El reloj marcaba las 2:30 de la tarde y todos esperaban ansiosos al padre que, por salir tan temprano a trabajar, no habían podido felicitar por su cumpleaños. Se resignaban a empezar a comer sin su presencia cuando unos fuertes golpes en la puerta los sobresaltaron. Todos pensaron que la puerta se vendría abajo por

la forma en que insistían, pero antes de que alguien reaccionara, la madre corrió a la entrada con un mal presagio. Se oyeron unás voces alteradas, la puerta quedó abierta y un silencio sordo dominó de pronto. Los hermanos se levantaron de las sillas y la cocinera, que apenas acercaba el platón de la sopa para servir, lo dejó caer sobre la mesa y se apresuró a alcanzarlos.

La sirena de la Cruz Roja se oía cada vez más cerca, pero aún no era visible. El joven que retiró a la niña de entre los hierros retorcidos que aplastaban su cabeza se hizo a un lado impresionado por las condiciones en las que se encontraba. Un hombre mayor la sostuvo inmediatamente y vio venir corriendo a una mujer que supuso se trataba de la madre; trató de ocultar el rostro de la niña pero fue demasiado tarde, la mujer se horrorizó de ver los ojos de su pequeña prácticamente fuera de sus órbitas y en un baño de sangre. La muchedumbre de curiosos no permitieron, por fortuna, que ninguno de los hermanos presenciara la escena. Los camilleros de la ambulancia se acercaron, subieron a la niña con la cara tapada y ayudaron a la madre para que los acompañara al hospital.

Ese día 7 de febrero todo cambió: la comida se enfrió, los pasteles no se probaron, las mañanitas nunca se cantaron y durante el resto de ese día lo más inapropiado fue felicitar al padre de una niña, a quien un equipo de médicos intentaban salvar la vida.

Después de una intervención de casi nueve horas, los cirujanos plásticos salieron a explicar a los padres el resultado. En la cara no había quedado un hueso sano y, aunque las fracturas de cráneo aparentemente no parecían graves, había que esperar varios días para conocer las reacciones de la pequeña paciente de once años de edad. La reconstrucción se había hecho de la misma manera como se arma un rompecabezas; pero el objetivo principal en todo momento fue devolver las funciones de los sentidos afectados, lo estético tuvo que pasar a un segundo término.

Al día siguiente unas hendiduras que apenas podían abrirse unos cuantos milímetros, dejaban ver un ligero movimiento de pupilas al rojo vivo que daban alguna señal de vida a esa cara deforme. El rostro, donde toda la gama de los colores oscuros estaba presente, parecía el resultado de un maquillista que prepara a un actor para una escena de terror. Delgados tubos de plástico salían de lo que había sido la nariz y la boca. Su padre, al verla al día siguiente de la operación, se había desvanecido.

El día que por fin pudo regresar a casa, fue necesario preparar a los niños para que no se asustaran ni comentaran algo que pudiera hacer sentir más mal a la hermanita que tenía problemas, incluso, para respirar y comer. Todos, hasta la más pequeña, fueron de lo más prudentes; se mordieron la lengua y endurecieron sus ojos para no expresar nada. Para la niña, que por descuido de la enfermera se había visto en un espejo días antes, el silencio de sus hermanos fue bastante explícito, pero por lo menos respetuoso de su desgracia; en cambio, la vieja cocinera de la casa, sin poder disimular su impresión, lo había echado todo a perder: al ver la cara desfigurada de la pequeña Cecy, había dejado escapar un alarido con lamentaciones tan imprudentes, que fue necesario sacarla inmediatamente y reprenderla. Qué bien recordaba Cecilia después de veinte años las amorosas palabras de su padre, cuando a solas con él, ella había vuelto a llorar y a lamentar lo fea que estaba; él, tomando su carita lastimada entre sus manos, le había dicho con una sinceridad absoluta: —¡Para mí estás preciosa, sí, preciosa, porque estás viva!

Nacer bonita o fea es un albur del que, en resumidas cuentas, sólo la genética racial es responsable; pero perder la fisonomía natural debido a un infortunado accidente, sin duda coloca a cualquiera en situación de desventaja. Cecilia había tenido que transitar su pubertad y adolescencia entre médicos, salas de cirugía y prolongadas permanencias postoperatorias. Mientras muchos

jovencitos vagaban, estudiaban y se divertían, ella tenía que enfrentar las consecuencias del descuido de un conductor. En la etapa que sus hermanas y compañeras de escuela observaban sus cambios físicos frente al espejo, para disputarse el modelo del vestido que mejor las hiciera lucir el día de sus quince años, ella debía conformarse con repasar las fotografías de las fiestas y convertirse en la mejor confidente para todas las amigas. Mientras que las demás se preocupaban por disimular la indeseable espinilla del mes, ella suplicaba a Dios, cada vez que el médico quitaba los parches de su cara, que el injerto en la nariz fuera aceptado por los tejidos de su piel.

Más pronto de lo que ni los propios médicos podían haber imaginado, ella estuvo en condiciones de salir a la calle y regresar al colegio. No fue nada fácil sentirse siempre observada y alcanzar a escuchar comentarios acerca de su aspecto; pero aún así, y a pesar de algunos periodos de ausencia por justificación médica, Cecilia había podido terminar la secundaria y la preparatoria con excelentes calificaciones. A siete años del accidente su cara había recuperado parte de su fisonomía, y con el tiempo aprendió a conocerse más a sí misma; las imperfecciones físicas en nada habían podido disminuir su simpatía, su inteligencia y su asombrosa capacidad para relacionarse con los demás.

La fiesta de los quince años fue sustituida por un viaje a los dieciocho. Cecilia con un grupo de turistas salió rumbo a España e Italia un mes de julio. Varios veranos había tenido que pasar en reposo obligada por las cirugías, y ese viaje a Europa era como un sueño. En Madrid se reunieron con otro grupo que había salido de la capital de la república y así, todos juntos, visitarían los principales lugares turísticos de los dos países. Con sólo unos cuantos días en España, la muchacha norteña tenía a todo el grupo de viajeros literalmente torcidos de la risa porque llevaba un largo repertorio de chistes cuyos protagonistas eran gallegos y habitantes de

Tomelloso; su imitación de la forma de hablar de los españoles era perfecta y sus grandes cualidades histriónicas le ayudaban a dar a los relatos un toque de lo más cómico. Cecilia se había vuelto muy pronto la más popular del grupo. Sin duda, los años que habían pasado le habían enseñado a sacar a flote todo el optimismo y el amor por la vida que sólo puede entender quien ha estado a punto de perderla.

Un joven estudiante de la carrera de humanidades que viajaba con su padre, no pudo resistir la tentación de sentarse a su lado en el autobús que los llevaba a Sevilla. La conversación fue tan amena e inteligente que las horas del viaje pasaron desapercibidas. Daniel era la tercera vez que visitaba ese país y tanto él como su padre conocían mucho de la historia y el arte español; Cecilia estaba fascinada con todo lo que aprendía de aquellos dos cultos mexicanos que apenas acababa de conocer. A partir de ese día, ya fuera a comer tapas, a visitar la Giralda o los teatros de gitanos, Daniel y Cecilia no se separarían.

Aquel viaje le devolvió gran parte de la seguridad en sí misma que por mucho tiempo se había fracturado también. Las frecuentes cartas de su amigo Daniel le confirmaban que su interés por ella iba más allá de ser un romance fugaz. Entonces fue cuando su madre la apoyó para someterse a la que sería su última cirugía plástica; con una pequeña prótesis de silicón en la nariz y el raspado de las cicatrices –le aseguraba el médico– quedaría estupenda, y ya nadie seguiría apodándola la Coreanita. Daniel, por su parte, después de cubrir toda una serie de requisitos, había sido aceptado como catedrático en una de las más importantes universidades del estado y pronto se vendría a Monterrey a trabajar para formalizar su relación y planear el futuro matrimonio.

Cuando Cecilia fue al aeropuerto a recibir a Daniel, él ni siquiera notó el cambio de su cara: para él siempre había estado

radiante. Al momento en que ella se lo hizo notar, celebró el éxito de la operación porque sabía lo importante que era para su novia mejorar su aspecto; pero esa circunstancia en nada podía alterar los sentimientos o el entusiasmo que lo habían motivado a dejar todo, para venir a una ciudad que tan pocos atractivos artísticos podía ofrecer en comparación con la belleza colonial de Puebla.

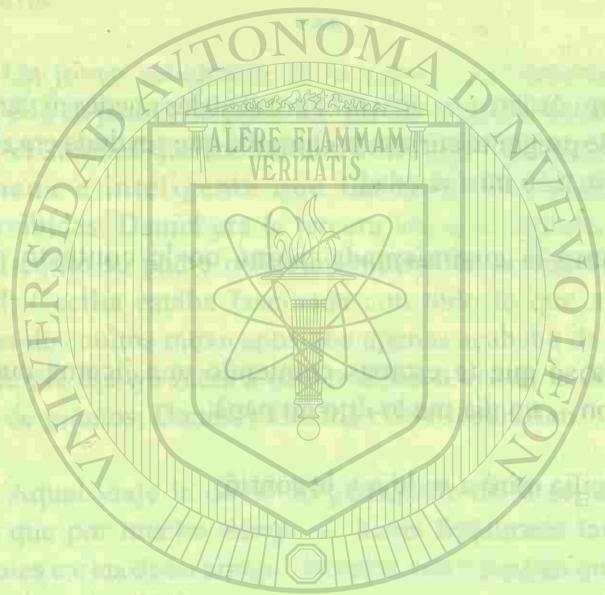
\*\*\*

–¿MAMÁ, TE COMISTE UNA JÍCAMA? Pero si no las puedes ni ver, ¿cómo pudiste? –le preguntó curiosa la chiquilla que sin duda era el reflejo de su madre a su misma edad.

Como la ensimismada mamá no le contestó, la niña continuó:

–Ya sé que te estabas comiendo una jícama cuando te atropellaron... un día me lo dijo mi papá.

Cecilia miró a su hija y le sonrió.



# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Este libro se terminó de imprimir  
en los Talleres de la Imprenta Universitaria  
en abril de 2002.

Con un tiraje de 500 ejemplares  
más reposiciones.

ma

ng

Treviño

as Cerda

rvantes  
úm. 16

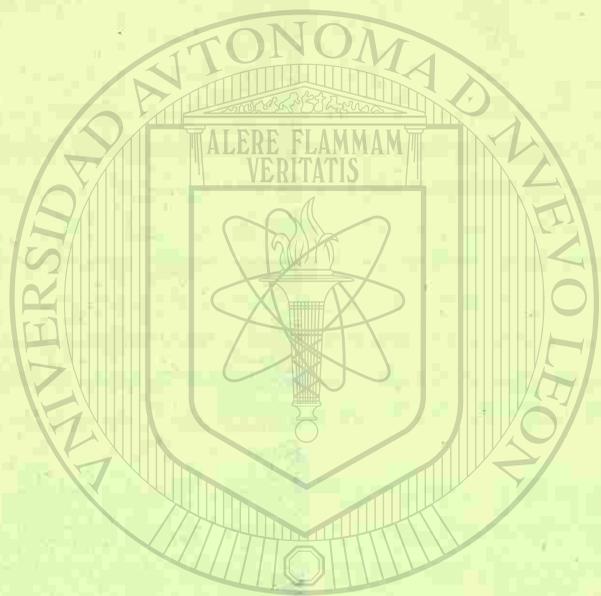
hírez

Garza

iseño

el Campo





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Carretera a Saltillo, km. 10.5  
C.P. 66000, San Nicolás de los Garza, Coahuila de Zaragoza  
Tel. (52) 81 2 51 11 11  
Fax (52) 81 2 51 11 11  
www.uanl.mx

UAN



**Universidad Autónoma  
de Nuevo León**

Dr. Luis J. Galán Wong  
Rector

Ing. José Antonio González Treviño  
Secretario General

Dra. María Elizabeth Cárdenas Cerda  
Secretaria Académica

M.C. José Hernández Cervantes  
Director de la Preparatoria Núm. 16

Lic. Ernesto Castillo Ramírez  
Difusión Cultural

Lic. Celia Nora Salazar Garza  
Corrección de Estilo

IdEA Comunicación & Diseño  
Diseño

Gilberto Hernández Marín del Campo  
Ilustraciones

Ing. Arturo Esparza  
Imprenta Universitaria

preparatoria



